

La política al borde del enfrentamiento: violencia y cultura de la movilización en Buenos Aires (1932-1934)¹

Politics on the Verge of Confrontation: Violence and the Culture of Mobilization in Buenos Aires (1932-1934)

A política na margem do enfrentamento: violência e cultura da mobilização em Buenos Aires (1932-1934)

AUTORA

Marianne González Alemán

Universidad de Buenos Aires-Conicet / Untref, Buenos Aires, Argentina

marianne.gonzalez@netcourrier.com

RECEPCIÓN

1 abril 2013

APROBACIÓN

20 mayo 2013

DOI

DOI 10.3232/RHI.2013.V6.N.1.04

Las características de la lucha política en Buenos Aires durante la primera mitad de la década de 1930 revelan un escenario fuertemente conflictivo que ha sido poco estudiado por la historiografía. A partir de 1932 se produjo una escalada de enfrentamientos instigada por la presencia en la calle de grupos nacionalistas que atacaban abiertamente a sus adversarios políticos en cualquiera de sus manifestaciones. En ese contexto, aun los grupos más reacios al uso de la violencia, como los socialistas, entraron en un juego de acciones y reacciones que imprimieron un sello nuevo en la calle. A partir de un registro sistemático de la prensa, de documentos oficiales y testimonios editados, este artículo analiza la relación que mantuvieron con la acción violenta los diferentes actores colectivos que participaron de la contienda política.

Palabras clave:

Argentina; Violencia política; Movilización callejera; Partidos Políticos

The characteristics of the political struggles in Buenos Aires during the first half of the 1930s reveal a strongly conflictive stage that historiography has paid little attention to. Starting from 1932 a surge in confrontations occurred which, were incited by nationalist groups that openly attacked their political adversaries during protests. In this context even those groups that were more reluctant to use violence, such as the socialists, became participants in a game of action and reaction that gave a new meaning to what was happening on the streets. Starting from a systematic record of the press, official documents and published memoirs, this article analyzes the relation that various collective actors, which participated in political struggles, maintained with violence.

Keywords:

Argentina; Political Violence; Street Mobilization; Political Parties

As características da luta política em Buenos Aires durante a primeira metade da década de 1930 revelam um cenário altamente conflictivo que tem sido pouco estudado

pela historiografia. A partir de 1932 se realizou um aumento de enfrentamentos instigados pela presença na rua de grupos nacionalistas que atacavam abertamente aos seus adversários políticos em qualquer manifestação. Nesse contexto, até os grupos mais reacionários ao uso da violência, como os socialistas, entraram no jogo de ações e reações que deram um novo significado nas ruas. A partir de um registro sistemático da imprensa, de documentos oficiais e testemunhos editados, este artigo analisa a relação que os diferentes atores coletivos participantes desse contexto político mantiveram com a ação violenta.

Palavras-chave:

Argentina; Violência política; Mobilização; Ruas; Partidos Políticos

En febrero de 1932, en un contexto todavía muy marcado por las convulsiones políticas vinculadas al golpe cívico-militar de septiembre de 1930, Agustín P. Justo asumió la presidencia de la República Argentina (1932-1938) encabezando una “restauración institucional” que debía, según sus propias palabras, “restablecer (...) firmemente el equilibrio de todas las fuerzas que intervienen en la vida política de la Nación”². En el marco de esta refundación republicana, se atribuyó a sí mismo el papel de árbitro imparcial garante del pluralismo y del establecimiento de un marco institucional que permitiera la “libre” y “sana” competencia entre partidos. Sin embargo, el nuevo presidente tuvo que enfrentarse a una situación mucho más compleja y ambivalente.

En primer lugar, el nuevo escenario político heredaba las contradicciones inherentes a la Revolución, puesto que la “restauración institucional” se había originado en base a una irregularidad de peso: la de la abstención electoral del partido que se definía como mayoritario y que fue ilegalmente destituido del poder en 1930: la Unión Cívica Radical³. La estrategia abstencionista del radicalismo ponía al gobierno en una situación incómoda que fragilizaba los cimientos de su poder. Además, la reactivación por parte de la UCR de ciertos elementos de su “religión cívica”, especialmente de los levantamientos revolucionarios armados, creaba un clima de constante contestación de la legitimidad de las nuevas autoridades del Ejecutivo.

Por otra parte, el *oficialismo* tenía que hacer frente a otras organizaciones que, alejadas de las elecciones –de forma voluntaria o forzada–, hacían difícil la consolidación del régimen supuestamente restaurado. De hecho, la derecha autoritaria llamaba abiertamente a la vía revolucionaria con el objetivo de imponer las reformas institucionales que el general Uriburu no había podido llevar a cabo durante su dictadura (1930-1932). El Partido Comunista por su parte, entonces comprometido con la estrategia de *clase contra clase*, representaba –aunque en menor grado– otra fuerza externa al sistema institucional. Declarado ilegal desde 1930 y siendo objeto de una fuerte represión policial, el partido asociaba la administración Justo a una dictadura enmascarada que trataba de garantizar la permanencia de los intereses defendidos por la de Uriburu y contra la que había que luchar.

Tulio Halperín Donghi calificó de “República imposible” este nuevo orden político inestable instaurado por unas élites que, al tiempo que reafirmaban formalmente los principios de la democracia representativa, se iban encaminando cada vez más claramente hacia una

trasgresión sistemática de sus normas. El autor se detiene en diversos actores que se situaron al margen del juego electoral para cuestionar la legitimidad de los representantes elegidos en las urnas. Sin embargo, a pesar de la evidente tensión de este nuevo escenario político, el historiador se empeña en minimizar el grado de conflicto resumiéndolo a “una suerte de congelada e incruenta guerra civil” que sólo habría tenido una débil traducción en la práctica⁴.

En este sentido, si bien el carácter faccioso y confrontativo de la vida política argentina ha sido analizado por numerosos historiadores del período contemporáneo, los años 1932-1934 no han sido suficientemente tomados en cuenta desde esta perspectiva⁵. En lo relativo a la década de 1930, este rasgo de la cultura política ha sido a menudo tratado en relación con el impacto del contexto internacional después de 1935. En efecto, la proyección de los sucesos de la Guerra Civil Española y del inicio de la Segunda Guerra Mundial fueron determinantes de un proceso caracterizado por una fuerte polarización y movilización ideológica, y reforzaron las representaciones del campo político local en términos guerreros. Sin embargo, las características de la lucha política de la primera mitad de la década también revelan un escenario fuertemente conflictivo cuyas singularidades ya dejan entrever las concepciones bélicas de los actores políticos.

A partir de 1932 se produjo una escalada de enfrentamientos instigada por la presencia en la calle de grupos nacionalistas que contaban con la venia del gobierno y atacaban abiertamente a los opositores al régimen en cualquiera de sus manifestaciones. En ese contexto, aun los grupos más reacios al uso de la violencia, como los socialistas, entraron en un juego de acciones y reacciones que imprimieron un sello nuevo en la calle. Estudiaremos, pues, la relación -muchas veces ambigua- que mantuvieron con la acción violenta los diferentes actores colectivos que participaron de la contienda política. A la vez referencia invocatoria, acto intimidatorio o autodefensa frente al adversario, la violencia política de esos años fue reveladora de la degradación del consenso político y reformuló además las reglas del juego callejero que hasta ese momento habían imperado.

En efecto, a partir de la reforma electoral de 1912, la calle se vio implícitamente asociada a un proceso de reglamentación del orden político y a una empresa general de “civilización de las costumbres electorales”. Las conferencias y los actos públicos organizados en las calles de Buenos Aires eran idealmente concebidos como instancias donde los partidos tenían la función pedagógica de esclarecer a los votantes y participar de la formación de la opinión pública que, luego, sería expresada mediante los comicios. La calle debía funcionar, pues, paralelamente al escenario electoral, en una relación de complementariedad con éste⁶.

La vida política argentina conservó sin embargo algunos de sus componentes tradicionales: el carácter faccioso de algunas prácticas, la vocación de los partidos a representar de forma exclusiva la voz unánime de la nación y su tendencia a denegar toda legitimidad a los adversarios, resumiendo así la contienda política en términos de una partición entre amigos y enemigos. Finalmente, no desaparecieron las tradiciones decimonónicas que asociaban el uso de la calle a una forma de expresión tangible de la “voz del pueblo”. La ocupación política de la calle era valorizada como un mecanismo de participación por medio de la acción, asociada

a la virtud cívica de tomar públicamente parte en la vida y en la defensa de la República. Por lo tanto, después de 1912, permanecieron una serie de prácticas vinculadas a un régimen ofensivo de ciudadanía y al deber republicano de expresar “virilmente” sus convicciones políticas en el espacio público. Este régimen de ciudadanía “viril” siguió coexistiendo con la faceta “civilizada” de la sociabilidad política dominante promovida por la reforma⁷. Una y otra versión de la ciudadanía constituían las dos facetas de una misma cultura política.

La ruptura de 1930 no sólo trajo consigo cambios en las prácticas y los valores asociados a la ciudadanía, sino también una profunda desestabilización del orden político. El conflicto fue percibido como una guerra civil latente en la que cada cual se reapropió del derecho a la legítima violencia. En estas condiciones, las elecciones perdieron parcialmente su centralidad como instancia de participación ciudadana, al tiempo que una parte de las organizaciones políticas se excluyó de los procesos electorales. La pérdida de consenso político llevó a los diferentes actores a ocupar las calles en virtud de principios de legitimidad distintos que negaban necesariamente la de los adversarios a expresar allí los suyos. En un momento de crisis internacional de la democracia y de surgimiento del fascismo, la lógica amigo/enemigo y la figura del ciudadano en armas – características tradicionales de la faceta “viril”- se vieron actualizadas por las divisiones ideológicas y las identidades políticas propias de los años de la década de 1930. El análisis desde la calle permite así observar una interacción particular entre los diferentes grupos; interacción que fue reconfigurando las formas tradicionales de la lucha política en la ciudad. El objetivo es identificar los fenómenos de reinterpretación de la cultura política anterior en función de las prácticas y de los motivos nuevos invocados por los actores colectivos.

Las formas alternativas a la competición política convencional

En los días que siguieron al levantamiento del estado de sitio el 22 de febrero de 1932, las calles de Buenos Aires fueron inmediatamente ocupadas por múltiples acciones colectivas que no sólo hacían presagiar la repetición de los conflictos que habían marcado los meses anteriores al golpe de Estado de 1930, sino también la aparición de nuevos problemas. En el margen del sistema institucional, Nacionalistas, Radicales y Comunistas se impusieron como principales impulsores de las movilizaciones que desafiaban el orden establecido. El estudio de estos modos de acción refleja las diferentes concepciones que estos actores tenían del uso de la calle.

Los nacionalistas: la lucha contra el “enemigo interior” y la primacía de la acción

En 1932, el gobierno de *facto* de Uriburu legó a la restauración institucional de Agustín P. Justo un problema de peso: el del estatus de una organización paramilitar, la Legión Cívica Argentina (LCA) que, aunque un poco venida a menos por aquel entonces, había gozado durante varios meses de un cierto monopolio de la acción en el espacio público y se había apropiado de algunas prerrogativas del Estado⁸. La permanencia litigiosa de esta nueva fuerza en el seno del Estado ya se manifestó en el momento de la entrega de poder entre el antiguo dictador y el recién elegido presidente, el 20 de febrero de 1932. Ese día, un desfile de la Legión por la Avenida de Mayo se integró a la ceremonia oficial, dando la oportunidad al general Uriburu de despedir

públicamente a los legionarios, a los que atribuyó la tarea de “mantener esta fuerza armada y movilizada para que ella vele por los postulados de la Revolución y por su cumplimiento”⁹.

A pesar de que surgieron múltiples divisiones y escisiones en su seno tras la muerte de Uriburu en mayo de 1932, la LCA siguió siendo una de las organizaciones nacionalistas más importantes de la primera mitad de la década de los años 30. Según Cristián Buchrucker, entre 1932 y 1936, el número de miembros oscilaba entre los 6.000 y los 10.000¹⁰. Sin embargo, a partir junio de 1932, tuvo que competir con una nueva entidad, la Acción Nacionalista Argentina (ANA), fundada por tres ex-legionarios: Juan P. Ramos, Alberto Uriburu y Floro Lavalle¹¹. Hacia 1934, la organización alcanzó los 15.000 miembros¹². Además, la LCA y la ANA coexistían con otras muchas pequeñas organizaciones: la Agrupación Liga Republicana de la Legión Cívica fundada en febrero 1932 por un antiguo miembro de la Liga Republicana, Juan Carulla –en julio tomó el nombre de Logia Teniente General Uriburu–; la Comisión Popular Argentina Contra el Comunismo (CPACC), fundada igualmente en julio de 1932 por Carlos Silveyra; la Milicia Cívica Nacionalista y la Legión Nacionalista creadas por antiguos dirigentes de la LCA; la Federación Juvenil Social Argentina, el Nacionalismo Laborista, etc¹³. Por su parte, la Liga Republicana (LR) y la Legión de Mayo – anteriores al golpe de Estado de 1930 – continuaron con sus actividades, aunque éstas tuvieran una envergadura mucho más limitada. En octubre de 1932, la LR formó su propio “órgano militarizado”, la Guardia de Combate, con el objetivo de “reprimir toda tentativa de alteración del orden público que provenga del radicalismo, anarquismo, comunismo u otra fuerza disolvente que exista en el país”. Esta Guardia de Combate estaba compuesta por nueve grupos de ocho hombres y cada grupo estaba dirigido por un “jefe”¹⁴. En 1933, la embajada de Alemania calculó que había aproximadamente 100.000 nacionalistas en Buenos Aires¹⁵.

Sin embargo, es difícil evaluar con precisión la capacidad de convocatoria de estas organizaciones. La razón fundamental es la falta de fuentes, pero también se debe al hecho de que la proliferación de dichas organizaciones escondía en parte una fuerte tendencia a la división permanente y a la fragmentación. Por este hecho, un gran número de activistas nacionalistas pasaban con frecuencia de una estructura a otra sin que el aumento de efectivos en un grupo concreto supusiera necesariamente la incorporación de nuevos reclutas al conjunto del movimiento.

A pesar de la existencia de diversos conflictos y rivalidades entre los movimientos del nacionalismo antiliberal, Sandra McGee Deutsch propone considerar a estos movimientos como una “coalición inestable de fuerzas de extrema derecha”, arguyendo que su importancia residía por aquel entonces en el conjunto que componían, y no en la individualidad de cada grupo¹⁶. Adherimos a esta propuesta por varias razones. En primer lugar, porque nuestro estudio no tiene por objetivo analizar en detalle los postulados de cada organización. En segundo lugar, porque desde el punto de vista de las prácticas callejeras, no nos parece pertinente (e incluso posible) diferenciar un grupo de otro, ya que las diversas entidades tendían con frecuencia a cooperar entre sí, a realizar acciones conjuntas y a participar juntas en los ataques contra sus “enemigos”. Como ya lo subrayó Federico Finchelstein, hay que tener en cuenta que estas “formaciones” eran, ante todo, “marcadamente permeables y relativamente informales, basadas en una afiliación formal limitada y sujeta a cambios cuasi periódicos” en la que existía una “identificación grupal, manifestada mediante determinadas prácticas”¹⁷.

Por lo tanto, hemos optado por considerar los puntos doctrinales generales comunes a estas múltiples organizaciones cuya razón de ser era, ante todo, la acción¹⁸. En sus manifiestos y publicaciones, todas estas organizaciones rechazaban los valores liberales, el sufragio universal y el parlamentarismo, al igual que todas reivindicaban la herencia de la Revolución de Septiembre¹⁹ y profesaban el catolicismo (a excepción de Lugones), el corporativismo y el hispanismo como valores fundamentales de la sociedad a la que aspiraban. Tanto el liberalismo y la democracia, como el radicalismo y el socialismo eran caracterizados como formas corruptas de gobierno y eran vistas como meras etapas de un igualitarismo erróneo y “disolvente” que conduciría ineluctablemente a la instauración del comunismo. La izquierda en general, y el comunismo en particular, fueron designados de esta manera como los peores enemigos de la nación. Frente a esta amenaza, se anunciaba la inminencia de un choque final y decisivo entre amigos y enemigos, entre los dos verdaderos protagonistas de la historia: el comunismo y las diversas fuerzas nacionalistas. Por ello, la denuncia del “peligro comunista”, y en especial la lucha efectiva contra los comunistas -reales o imaginarios-, fue uno de los elementos centrales de la agenda nacionalista.

A partir de las primeras semanas de la restauración institucional, la obsesión frente a la “amenaza comunista” también se vio alimentada por un clima socio-político particularmente agitado y marcado por el regreso de los exiliados radicales, por la reanudación de las actividades públicas de las estructuras relacionadas con el PC, por la sucesión de varias huelgas²⁰ y por un conflicto estudiantil en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires en abril-mayo de 1932. Para la mayoría de los nacionalistas, la restauración formal del sistema liberal por el presidente Justo no sólo representaba una traición a la revolución uriburista, sino también una puerta abierta al caos y a la “insurrección organizada del comunismo”. A esto hay que añadir el fuerte impacto producido por la coyuntura política europea, destacando el caso alemán, así como los conflictos que agitaban por aquel entonces la vida política chilena que desembocaron, tras un movimiento cívico-militar en junio de 1932, en el establecimiento de la República Socialista²¹. En este contexto, el momento político fue globalmente visto por las figuras públicas y por la prensa nacionalista como una etapa decisiva en la lucha por la integridad nacional. Juan Carulla refería así las palabras pronunciadas, en julio de 1932, por el joven legionario Santiago Díaz Vieyra:

En la misma forma en que Mussolini ha planteado su universal dilema ‘Roma o Moscú’, nosotros, frente al incremento del comunismo, que enarbola su trapo rojo en las calles y plazas, debemos dar al pueblo la oportunidad de elegir entre ‘Bandera Roja’ o ‘Bandera Argentina’²².

De este modo, desde principios del año 1932, la lucha concreta contra el “enemigo interno” —esencialmente cristalizada en la figura del “comunista”— se impuso como objetivo principal de las organizaciones nacionalistas. Así, en abril de 1932, la Legión de Mayo publicó una “alerta” en la prensa afirmando que:

La Patria atraviesa por unos de los momentos mas difíciles de su historia. Mientras las autoridades de la Nación dedican sus esfuerzos a conjurar la depresión económica, haciendo un llamado a todos los habitantes en nombre de los intereses de la patria, siempre superiores a las diferencias políticas, un grupo de sectarios rojos desdeña esas generosas palabras y emprende con mas odio que nunca una campana destructiva de nuestras instituciones (...)

La Legión de Mayo, agrupación desvinculada de todo partido político, invita a los habitantes de la Nación, respetuosos de las instituciones a unirse en una cruzada patriótica para repeler la acción disolvente de los sectarios rojos y cooperar al mantenimiento de la paz interior nunca tan necesaria como estos momentos²³.

La acción concreta y ofensiva contra el enemigo se impuso como el objetivo político central y la razón de ser de estos grupos nacionalistas. Para ello, éstos pusieron en práctica diversas estrategias. En primer lugar, no debemos descuidar la actividad conspirativa de algunas organizaciones, especialmente la LR, vinculadas con los sectores uribistas del Ejército. Sin embargo, las organizaciones más importantes se limitaron a afirmar su presencia y a mantener un clima de tensión permanente en el espacio urbano de Buenos Aires sin adherirse explícitamente a los proyectos golpistas. Este es el caso particular de la CPACC, de la ANA y de la LCA, quienes consagraron una gran parte de sus actividades a la lucha directa contra los “enemigos de la nación”, así como a la organización de grandes movilizaciones ante el Congreso con el objetivo de “agitar a la opinión pública” y presionar a las autoridades. Este tipo de acciones colectivas tenían el fin específico de influir en las decisiones del gobierno y de obtener de él medidas concretas de represión del comunismo. Si bien es cierto que retomaron uno de los cánones tradicionales de la cultura liberal porteña, el de la petición, los grupos nacionalistas hicieron un uso ambivalente de esta libertad republicana, ya que lo hacían al tiempo que jugaban con la amenaza latente de una insurrección contra el sistema²⁴.

La apropiación del centro de la ciudad por parte de las organizaciones nacionalistas también implicaba la realización periódica de manifestaciones-procesiones que buscaban construir y fortalecer la identidad de grupo. Como ya lo analizó Federico Finchelstein, en la primera mitad de los años 1930, las distintas entidades del movimiento nacionalista encontraron en la reinvención de la figura de Uriburu y de su “gesta de septiembre” un “mito movilizador” y unificador que les permitía superar las divisiones y la ausencia de un liderazgo común²⁵. De este modo, la organización de ceremonias, homenajes en el cementerio de Recoleta y misas alegóricas orientadas a la celebración del “héroe” de la revolución contribuyó a poner en escena “la imagen viva” de este mito y representó la ocasión ideal para una reafirmación colectiva de la adhesión al “jefe” y a su programa²⁶.

El 6 de septiembre de 1933 por ejemplo, un desfile en formación militar de la Legión Cívica con uniforme gris, polainas y cinturón - escoltado por la caballería, los motociclistas y la fanfarria de la organización - atravesó la ciudad de sur a norte. Los legionarios salieron de su sede en el 2400 de la calle Belgrano para pasar luego por la plaza del Congreso hasta llegar al cementerio de la Recoleta para rendir homenaje al “jefe de la revolución”. A ambos lados de la columna, hombres vestidos de traje y con brazaletes de otras organizaciones nacionalistas acompañaban el paso. A las puertas del cementerio, el coronel retirado Emilio Kinkelin, jefe de la LCA, pronunció un discurso con aires marciales en el que recordó que tanto “las hordas demagógicas y disolventes” que habían sido “expulsadas del gobierno” por Uriburu, como “los viles explotadores de la insignia roja” eran “adversarios de la Nación” y de la “juventud de la Legión Cívica”. Fue así como le atribuyó a la Legión Cívica el rol de primera línea de este combate contra los enemigos:

(...) unos y otros serán derrotados en la contienda porque si les sobra cantidad para envalentonarse les falta calidad para imponerse, porque si les sobra audacia para agredir con palabras, les falta corazón hasta para disimular su propia cobardía.

(...) si la gloria está hecha de sacrificios, de abnegación, de disciplina, de orden, de idealismo y de amor a la patria, puedo asegurarte general que esta juventud está preparada para la gloria.

‘Civilización o barbarie’ fue el dilema de la reorganización nacional; ‘nacionalismo o muerte’ es la contraseña de esta juventud (...) dispuesta a morir por la causa nacionalista que defiende; por eso es grande, por eso es fuerte, por eso es incontenible, por eso es amada por los unos y temida por los otros, por eso en sus manos la bandera argentina flamea con más orgullo²⁷.

Como vemos, el uso de la calle de los grupos nacionalistas introdujo un componente militar que hasta entonces no había tenido cabida en el espacio público. Los uniformes, los desfiles militares, la retórica y la gestualidad belicistas se impusieron como fenómenos nuevos. A través de estas puestas en escena de virilidad marcial, los grupos nacionalistas no sólo reproducían en el espacio urbano una versión más radicalmente guerrera de la “gesta” de septiembre, sino también del modelo republicano de ciudadano virtuoso capaz de actuar enérgicamente para defender la unidad del cuerpo cívico. Valoraban ante todo el heroísmo militar, pero también una manera estricta y jerárquica de concebir la participación política, conjurando lo que ellos consideraban como la corrosión del liberalismo. Estas “legiones”, “milicias” y “guardias de combate” parecían exhibir así, en el centro de la ciudad, la fuerza de sus contingentes de ciudadanos en lucha en el frente interior para defender la integridad de la nación y el programa uriburista. De este modo, las autoridades constitucionales sufrieron la amenaza constante de la reanudación de la lucha contra el enemigo bolchevique o yrigoyenista a quienes la “pacificación” de la restauración institucional dejaría vía libre.

La Unión Cívica Radical y la vuelta a la revolución

Al excluirse de las urnas, la UCR se quedó al margen de los mecanismos institucionales de la competición política hasta el año 1935. Con esta posición, el partido reanudó una antigua estrategia que, sin serle exclusiva, formaba parte del arsenal de referencias identitarias y de las prácticas asociadas al partido desde su formación²⁸. En este marco, las autoridades radicales denunciaban que la “voluntad popular” no había podido “manifestarse libremente durante los comicios del 8 de noviembre de 1931” y que, por consiguiente, “los poderes nacionales, provinciales y municipales que gobernaban la República no eran la expresión de la soberanía y falseaban en sus bases los principios del gobierno representativo”. Por lo tanto, eran “autoridades impuestas por la fuerza, formadas al margen de la Constitución y de la Ley”²⁹. A través de esta declaración de abril de 1932, el Comité Nacional establecía así una continuidad directa entre la dictadura de Uriburu y el nuevo Ejecutivo.

En este contexto, el abstencionismo y la invocación de la lucha contra un poder ilegítimo permitieron al radicalismo reactivar la dicotomía central de su imaginario partidario: el enfrentamiento entre la “causa” y el “régimen”. Esta estrategia estuvo acompañada de varios

levantamientos armados organizados por algunos sectores de la UCR (incluyendo oficiales del Ejército) que recuperaron la tradición de los movimientos cívico-militares de 1890, 1893 y 1905.

La abstención y la revolución son mencionados con frecuencia en la historiografía como los dos pilares a partir de los cuales el radicalismo siguió manteniendo su “religión cívica” desde la oposición. Aunque es difícil evaluar si las diversas conspiraciones que marcaron este periodo contaban con la aprobación de la dirección de la UCR, es importante señalar el hecho de que ésta tampoco condenó oficialmente este tipo de iniciativas. En efecto, durante los primeros años de la restauración institucional, la invocación a la revolución permitió recrear una cierta mística partidaria que parecía ser aceptada por la mayoría.

Ahora bien, hubo otro componente clave en las prácticas y la cultura política radical que, hasta el momento, no ha sido tenido en cuenta por la historiografía: el del uso político de la calle. En relación con la estrategia abstencionista y revolucionaria, un cierto número de *manifestaciones-plebiscitarias* fueron organizadas por las autoridades del radicalismo para reafirmar, en pleno centro de la capital, la capacidad de convocatoria masiva de la UCR y mostrar así de manera tangible la veracidad de la hipótesis que los designaba como partido mayoritario. Por otro lado, otras acciones colectivas -a veces más limitadas en número- contribuyeron a cultivar entre los militantes la fibra insurreccional anclada en la cultura tradicional del partido.

Efectivamente, ya desde los primeros días de la restauración institucional, los militantes radicales tomaron las calles del *centro* de la ciudad para marcar de manera imponente, y en ocasiones vindicativa, su vuelta al espacio público. El 27 de febrero, por ejemplo, el regreso del exilio de los dirigentes del partido sirvió de ocasión para realizar una gran concentración con el fin de “simbolizar el inicio de las actividades políticas de la UCR”³⁰. El acto adquirió no obstante un significado todavía más importante, puesto que se le otorgó simultáneamente el objetivo de demostrar en el espacio de la capital el peso político que el radicalismo consideraba todavía intacto entre la población. Así, el 24 de febrero, un manifiesto oficial convocaba a todos los ciudadanos a defender “la democracia argentina” y a protestar “por los hechos delictuosos, fuera de la ley y del respeto de los verdaderos sentimientos e ideologías cívicas, cometidos durante la dictadura”. Se trataba de rendir homenaje a los prisioneros políticos, de ratificar el triunfo electoral de Honorio Pueyrredón en la provincia de Buenos Aires el 5 de abril de 1931 y, por lo tanto, de “reclamar por los derechos auténticos del pueblo” a recuperar sus verdaderos representantes legítimos³¹. El acto representó un desafío abierto al gobierno al pretender poner públicamente en jaque los fundamentos de su poder, asociando las condiciones de su existencia a las exacciones de la dictadura de Uriburu. Además, con esta demostración de fuerza, la UCR pretendía erigirse de nuevo como el único partido capaz de encarnar la voluntad popular y el sentimiento nacional.

El día D, unas 60.000 personas se reunieron ante el monumento a Alem³². Esta concentración tuvo un cariz particularmente denso a causa del contenido contestatario y de la tonalidad combativa de los discursos de los oradores designados para la ocasión, quienes centraron el acto en la denuncia pública de los daños causados por la dictadura y en la impostura que representaba la restauración institucional. La “normalización” del presidente Justo no era la “refundación” promovida por los discursos oficiales, sino una emanación directa de la dictadura y

de sus abusos. Mario Rébora, entonces temporalmente al cargo de la UCR, pidió la pena máxima para el ex-dictador por haber “usurpado la soberanía popular”. Refiriéndose al artículo 29 de la constitución argentina, Rébora acusaba a Uriburu de ser un “infame traidor a la patria”, por lo que exigía que le fuera aplicada la cadena perpetua³³.

Por turnos, los oradores fueron haciendo el relato tanto de las transgresiones y los crímenes del gobierno de facto, como de los hechos que condujeron a la abstención radical y a la elección presidencial de noviembre de 1931. Entre los hechos denunciados como los más reprehensibles figuraban la violación de los resultados electorales el 5 de abril de 1931 y el irrespeto de las libertades públicas e individuales. Los prisioneros, los exiliados y toda persona que hubiera sido víctima de torturas fueron constantemente recordados por los oradores y erigidos en “mártires” de la República y de la Nación. Estos discursos, contruidos en un modo epidíctico, presentaban a las víctimas de la represión como la encarnación paroxística del dolor infligido al pueblo argentino durante la dictadura.

Los oradores radicales contribuyeron de este modo a crear otra memoria de la época uriburista, formulada de un modo acusatorio, afectivo y vindicativo al mismo tiempo, designando así al campo adverso como el enemigo del “pueblo argentino” y al radicalismo como la víctima suprema de la dictadura. Alberto Mazza hacía así una llamada a los argentinos a emprender una “Guerra sin cuartel a los verdugos, en nombre de Dios, de la Patria y de la Humanidad”³⁴. Mediante el uso de la retórica clásica, los distintos oradores se erigían en portavoces de una cólera general que ellos mismos contribuían a atizar en el auditorio. Postulaban con ello un escenario político en el que la lucha contra los “traidores” se consideraba como inacabada, lo que suponía seguir movilizando a los partidarios en el combate. El discurso de Mazza es ilustrativo en este sentido:

Cuando esbozando el plan de mi peroración para esta noche, percibí que el pulso (...) me estremecía la mano, recordé la anécdota que en una asamblea memorable nos la diera a conocer el tres veces muy ilustre Dr. Honorio Pueyrredón. La anécdota del mariscal aquel que, trazando el plano de combate, notó que le temblaba la mano. ¡Tiembla!, ¡Tiembla! le dijo ¡tiembla! pero como habías de temblar si supieras hasta donde te voy a llevar mañana... Si, ¡señores! ya se estremecen los verdugos. Los unos escondidos en sus guaridas señoriales, los otros huyendo mar afuera, pero no sin el negro presentimiento de que al llegar al puerto de destino los pueda recibir el afiliado puño de la vendetta... ¡Tiemblan ya! pero como habían de temblar si supieran el castigo que le vamos a dar mañana...³⁵.

Como vemos, el carácter performativo de los discursos radicales hacia particularmente tensa la línea que separaba las palabras de los actos, dándole un aire belicoso y vindicativo a la concentración. La primera gran movilización de la UCR concentró dos de los aspectos fundamentales de la cultura del partido: las concentraciones masivas de tinte plebiscitario y el estilo combativo, mezclado con un lenguaje insurreccional.

Al término de la concentración, una columna de aproximadamente mil manifestantes se organizó de manera espontánea y se encaminó hacia la Avenida de Mayo aclamando al partido y a sus principales referentes, en particular a Yrigoyen y Pueyrredón. La columna salió de la calle

San Martín para tomar la calle Florida anunciando su intención de pasar delante del local del diario nacionalista *La Fronda* y “significar su protesta por la conducta de la citada hoja” durante la dictadura. Cuando los manifestantes llegaron a la sede del periódico al grito de “¡Abajo *La Fronda!*”, “¡A quemar *La Fronda!*”³⁶, fueron recibidos por ráfagas de ametralladora disparadas desde la azotea, causando cinco muertos entre los radicales.

A partir de entonces, tras los distintos levantamientos del estado de sitio, los militantes radicales acostumbraron a recibir de su exilio político a sus dirigentes en el puerto o en las estaciones de tren para –costara lo que costara– desfilan por el centro de la ciudad desafiando así la prohibición del derecho de manifestación³⁷. Estas instancias les permitían reactivar la mística identitaria asociada a la lucha contra la “dictadura” y celebrar a unos dirigentes que eran presentados como los blancos heroicos de las persecuciones llevadas a cabo contra el partido por parte del gobierno de Justo³⁸.

En ocasiones, algunas reuniones públicas fueron explícitamente asociadas a proyectos revolucionarios. En este sentido, se destaca el caso de la asamblea realizada el 13 de diciembre de 1932 en el Salón Augusteo, que Atilio Cattáneo señaló en su relato personal como uno de los elementos clave de la agitación previa a su complot revolucionario:

Yo procuraba preparar el ambiente popular, excitándolo con conferencias especiales, como la efectuada en el Salón Augusteo; con actos callejeros, como los realizados en distintos puntos de la ciudad, y con petardos que explotaban al paso de los tranvías, especialmente en los lugares céntricos³⁹.

Ese día, unas 800 personas convocadas por el Comité de la Juventud de la UCR se reunieron oficialmente para “protestar contra los excesos cometido por la A.N.A. y la Legión Cívica”⁴⁰. Sin embargo, durante la reunión, tanto el público como los oradores hicieron una llamada explícita a la revolución, provocando la reacción inmediata de la policía. Tras varios intentos por parte de las fuerzas del orden de vaciar el lugar, se emprendió un tiroteo en la sala entre éstas y los militantes que lanzaban gritos de “¡Ya empezó!”, “¡Viva la revolución!”⁴¹. Al mismo tiempo, algunos manifestantes que habían logrado escabullirse improvisaron una arenga en la esquina de Corrientes y Uruguay que terminó con un intercambio de disparos con la policía. Los acontecimientos se saldaron con cinco heridos de bala, 171 radicales detenidos y numerosas armas incautadas⁴².

Hubo otro tipo de prácticas que también contribuyó a mantener vivo el fantasma de la revolución. En octubre 1932, por ejemplo, se pusieron carteles en la capital para anunciar a los ciudadanos la necesidad de “dar el golpe antes de finalizar la primavera” y una pancarta con la inscripción “¡Viva la revolución!” fue colocada en el sitio del Comité de la Capital del partido. Así, para algunos activistas, la revolución parecía estar asociada a una cierta manera de vivir y de mantener vivo el militantismo radical. El ex-secretario de Marcelo T. de Alvear, Manuel Goldstraj, proporcionó en este sentido una pintoresca descripción de esta cultura que situaba en el centro de las preocupaciones la ostentación pública de un heroísmo político fantasioso:

Con frecuencia [las conspiraciones] sólo son la expresión de una técnica menuda cuyo objetivo (...) se limita a mantener despierto el interés de un grupo de secuaces que admiran idolátricamente las misteriosas andanzas, que suponen o imaginan altamente peligrosas – lo que añade encanto a la participación en la aventura – de los supuestos

“jefes de la revolución”. (...) Nuestro ambiente se presta singularmente a esta clase de engaños o sugestión (...). Buena parte – no todos, es innecesario decirlo -, de las conspiraciones y conspiradores radicales de la década del 30 fueron aproximadamente de ese tipo, y sólo pocos de esos “caballeros andantes” de a política fueron realmente candidatos al sacrificio y al martirio en aras de su idea o de un ideal. En los cafés de Buenos Aires era más fácil oír una conversación, a plena voz, sobre la revolución y sus jefes, que conseguir la atención del camarero y, en rigor, muy pocos de los miembros de este honorable gremio no eran partícipes del “gran secreto” o ignoraban el día y la hora precisos en que estallaría el movimiento en turno, que generalmente era para “el próximo sábado a las tres”, de la madrugada, se entiende. No necesito decir que la policía del general Justo conocía todo esto muy bien desde su fuente⁴⁴.

La actitud pública de los militantes radicales aquí presente nos traslada, sin dudas, a un mundo de valores tradicionales propios de la política anterior a 1912: la del ciudadano “viril” y virtuoso que da prueba de su espíritu cívico levantándose contra la “tiranía” para restaurar las libertades republicanas. Fanfarronear en un café, gritar “¡Viva la revolución!” en presencia de la policía, mostrarse dispuesto para la revolución ante otros militantes, desfilar por el *centro* de la ciudad desafiando lo prohibido o celebrar la valentía de los “mártires” del partido, eran gestos que parecían reflejar de nuevo una manera de concebir la militancia que consistía en poner en primer plano las muestras del valor y de brío personales. Estas prácticas -en el contexto abstencionista- contribuyeron a dar cuerpo en el espacio urbano a un radicalismo que ya no podía contar con las campañas y victorias electorales para conservar su mística partidaria. Por ello, la celebración sistemática de las víctimas heroicas de la UCR y las muestras, incluso ficticias, de compromiso revolucionario contribuyeron a mantener vivas las emociones y los ideales identitarios del partido y, por extensión, la legitimidad de sus dirigentes.

Los comunistas: la “conquista de la calle” contra la reacción

En noviembre de 1928, el Partido Comunista argentino adoptó oficialmente la línea de *clase contra clase* aprobada en julio-agosto del mismo año en el VI Congreso de la Internacional Comunista y ligeramente modificada después durante el X Pleno de julio de 1929⁴⁵. Al tiempo que proclamaba la entrada en el “Tercer periodo” –el que anunciaba la caída del capitalismo mundial–, la nueva estrategia se basaba en el postulado de una inevitable e inminente radicalización de la lucha de clases en la que la social-democracia estaba llamada a jugar un rol reaccionario. Al igual que sucedió en la misma época en otros países, el partido se comprometió con una estrategia hostil a las demás corrientes políticas, lo que también implicaba el rechazo a cualquier tipo de compromiso o acción común con el PS, al que calificaban de “social-fascista”. Las posiciones del PC tendían de este modo a anular las diferencias entre dictaduras y democracias burguesas, y a reconocer únicamente la existencia de dos bandos políticos antagónicos: el del comunismo liderado por la URSS y el de las potencias capitalistas que se preparaban para la guerra. En este contexto, el fascismo fue considerado como un intento de reacción de la burguesía por consolidar su poder y romper el movimiento revolucionario en marcha. Ante esta situación, los militantes debían responder radicalizando su acción y pasando a la “lucha de masas directa” para preparar la revolución del proletariado⁴⁶.

En 1930, el impacto de la crisis económica mundial en Argentina y el golpe de Estado del 6 de septiembre parecieron dar la razón a las tesis de la Internacional. El gobierno de Uriburu

fue caracterizado por el PC local como una dictadura reaccionaria y fascista, mientras que los militantes comunistas estaban ya a la vanguardia de la resistencia a la represión. A partir de 1932, la administración Justo también fue considerada como una especie de “dictadura enmascarada” que garantizaba la continuidad de la política uriburista en materia social y económica, y defendía los mismos intereses que el gobierno *de facto*: los de la burguesía, los terratenientes y el imperialismo. Justo fue por ello calificado por la prensa comunista como el “primer soldado del 6 de septiembre” y su gobierno como la “dictadura 4144” (en referencia al uso la ley de Residencia)⁴⁷.

Durante los primeros meses de la “restauración institucional”, el Partido Comunista se benefició sin embargo de una leve tregua en el espacio público que le permitió recuperar algunos espacios perdidos. Esta reanudación del activismo se vio especialmente traducida en la práctica con la reapertura de comités en los barrios, con la creación del periódico *Bandera Roja* que se erigió en portavoz de las luchas obreras y alcanzó los 50.000 ejemplares en los primeros meses de 1932⁴⁸, y con la reaparición del Socorro Rojo Internacional (SRI) en la escena pública. El PC concentró toda su atención en la reorganización sindical y en la reanudación de la lucha obrera. Este corto periodo, ligeramente más propicio a la militancia, también estuvo acompañado de una mayor presencia del PC en las calles de Buenos Aires. A partir de febrero de 1932, el partido comenzó a organizar concentraciones en el centro y en los barrios con el objetivo de movilizar contra la reacción y el fascismo, contra la guerra y por la defensa de la URSS. Hemos constatado un total de 56 reuniones al aire libre (no sindicales), a menudo seguidas de manifestaciones, entre marzo y junio del mismo año en distintos puntos de la ciudad⁴⁹. Las manifestaciones de las que pudimos obtener una cuantificación aproximada solían reunir entre 60 y 250 personas.

Evidentemente no se trata de sobredimensionar aquí el poder de convocatoria PC argentino en 1932, ya que es evidente que éste seguía siendo muy minoritario en número respecto a otras fuerzas políticas. Lamentablemente y debido a la ilegalidad en la que se encontraba en la época, no disponemos de cifras precisas en la materia durante el periodo que nos ocupa, pero es posible hacer una aproximación. A principios de 1930, el partido contaba con cerca de 1.600 miembros en la capital y sus alrededores, a los que hay que añadir unos 10.000 miembros de sus estructuras satélites. La concentración comunista del 1 de mayo de 1929 en Buenos Aires reunió cerca de 10.000 personas⁵⁰. La represión llevada a cabo durante la dictadura de Uriburu contribuyó sin duda a reducir los efectivos del partido, sin embargo, hacia el año 1935, el número de afiliados al PC se estimaba en 4.000 ó 5.000, concentrados principalmente en Buenos Aires y en algunos centros de provincias como Santa Fe, Córdoba, Entre Ríos y Chubut. Las organizaciones laterales y sindicales, por su parte, estaban compuestas por un número creciente de miembros y de simpatizantes⁵¹.

A pesar del limitado número de efectivos, el PC ocupó un lugar importante en los conflictos de la época. Esto se debe, por una parte, a que el anticomunismo obsesivo de la derecha y la represión oficial pusieron al partido en el centro de todas las miradas, pero también se debe al hecho de que el peso progresivamente adquirido por los asuntos internacionales en la percepción de las políticas locales confirieron al PC una centralidad que excedía su capacidad real de movilización.

En este contexto, el aumento de la actividad de las estructuras relacionadas con el PC en las calles de Buenos Aires denotaba una verdadera combatividad de sus militantes comprometidos con el trabajo de “movilización de masas en vista a la lucha contra la reacción” preconizado por la IC. Este aspecto se hizo particularmente notable a partir mayo-junio de 1932, cuando el gobierno intensificó la represión anticomunista. Las estructuras del PC siguieron organizando clandestinamente concentraciones y manifestaciones no autorizadas con el fin de movilizarse por el Frente Único y contra el fascismo. En consonancia con la línea oficial de la IC, en septiembre de 1932, en un informe entregado al Buró latinoamericano, el PC argentino afirmaba que no se debía “pasar a la ilegalidad sin ofrecer gran resistencia a la reacción, sin movilizar a las masas en la lucha contra la reacción”⁵². Por lo tanto, de lo que se trataba era de demostrar que existía una relación entre los ataques realizados al comunismo y la guerra orquestada por el imperialismo. Para responder a esta exigencia, el partido desarrolló varias estrategias que el diario *Bandera Roja* resumió el 19 de septiembre de 1932 con el eslogan: “¡Mitines! ¡Manifestaciones! ¡Demostraciones! ¡Huelgas de protesta!”⁵³.

Para empezar, se organizaron de forma regular pequeñas concentraciones o mítines relámpagos en diferentes puntos de la ciudad. Uno o dos oradores pronunciaban rápidamente un discurso y luego el grupo asistente intentaba desfilar por las calles adyacentes y repartir volantes⁵⁴. También se hizo uso de otro tipo de prácticas mucho más explícitamente orientadas a la formación del Frente Único contra la reacción y buscando reclutar nuevos militantes. Por ejemplo, la distribución de panfletos durante las reuniones públicas socialistas⁵⁵, a la salida de las fábricas o durante las asambleas sindicales no comunistas⁵⁶. El SRI, la Liga Anti-imperialista y el Comité Popular Obrero y Estudiantil contra el Fascismo también organizaron un importante número de asambleas con el objetivo de luchar contra “el avance de la reacción”, tanto en el plano nacional como en el internacional⁵⁵.

Por su parte, las autoridades del partido convocaron a movilizaciones de carácter más general. Un ejemplo destacado es el caso de los actos del 1º de agosto, fecha conmemorativa del inicio de la Primera Guerra Mundial, declarado por la IC desde 1929 como el día de “la lucha contra la guerra imperialista”. En julio de 1933, una circular del Buró político sudamericano hizo una llamada a “agitar y a organizar la lucha” del 1 y el 23 de agosto (fecha de la ejecución de Sacco y Vanzetti) para exigir “el cese inmediato de las hostilidades” en Chaco y en China, la “disolución de las legiones fascistas”, la “libertad de todos los presos sociales”, “la libertad de prensa, reunión y palabra, organización y huelga”, y el “cese de la persecución y la existencia legal” del PC. El objetivo para el día 23 se centró de manera más específica en “los aspectos de la lucha contra la reacción y contra el imperialismo”⁵⁷. El texto invitaba a “dar un contenido combativo” a los preparativos de la campaña para el 1 de agosto, ganando “la calle pese a la ilegalidad, a la reacción y a las bandas fascistas”, y realizando “demostraciones frente a los consulados, las embajadas” y las cárceles, así como “pequeños actos frente a las fábricas”. El objetivo era garantizar “la aparición del partido en la calle” y “dar carácter de masa a todos los mítines”⁵⁸. La represión creciente realizada por la policía limitaba sin embargo la capacidad de acción de los comunistas porteños. El día D, sólo algunos pequeños grupos trataron de reunirse en distintos puntos del centro de la ciudad. Los intentos de dispersión por parte de las fuerzas del orden acabaron con varios tiroteos entre policía y manifestantes⁵⁹.

La mayoría de las acciones colectivas llevadas a cabo por los militantes comunistas dejaron entrever una particular combatividad cuando las fuerzas del orden intentaban intervenir⁶⁰. De los 35 casos de concentraciones que hemos podido identificar entre julio de 1932 y diciembre de 1934, 18 acabaron en tiroteos o en peleas con la policía. Todo esto parecía ser promocionado como una lucha necesaria para el trabajo de agitación revolucionaria. El 6 junio, por ejemplo, durante una conferencia de la Unión Sindical Clasista, un orador incitó a su auditorio “a no acatar las ordenes de detención y a resistirlas, luchando a brazo partido con la autoridad”. Ese mismo día, el dirigente portuario, Pedro Quintana, incitó a los comunistas argentinos a “imitar a los soviéticos, armándose, no solo con el pensamiento y con las herramientas de trabajo, sino militarmente para afrontar la próxima guerra”⁶¹. El 10 de julio, durante una conferencia de propaganda del SRI en el barrio de La Boca, un orador alentó a “todos los proletarios” a “armarse y estar listos para hacer frente a la policía y devolver ojo por ojo y diente por diente”⁶². Un panfleto distribuido durante la campaña por el 1º de agosto de 1933 y firmado por el Comité de desempleados de Villa Pueyrredón también hacía una llamada a “salir a la calle dispuestos a intervenir con la violencia a (sic) toda provocación policial o fascista”⁶³.

Las acciones colectivas de los comunistas parecían alinearse con los requerimientos de la IC, que desde 1929 llamaba a “conquistar la calle” para preparar la transformación de la próxima guerra imperialista en guerra civil. De igual manera que en el caso francés, los diferentes tipos de movilizaciones desplegados por las estructuras del PC argentino buscaban “crear las condiciones psicológicas y políticas de la revolución”⁶⁴, rompiendo así con la tradición porteña del uso político de la calle con la que el PC, hasta entonces, comulgaba⁶⁵. Esta ruptura estuvo muy condicionada por la feroz represión del gobierno contra el comunismo y por la clandestinidad a la que se vieron forzados los militantes del partido, lo que llevaba implícito una contradicción. Es cierto que las persecuciones oficiales, la crisis política y la nueva visibilidad adquirida por los grupos nacionalistas empujaron a los comunistas a radicalizarse como promovía el Komintern y a aprovechar esta situación para ejercitarse en la “gimnasia revolucionaria” en vista del enfrentamiento que parecía anunciarse; sin embargo, la brecha existente entre las exigencias de la Internacional y las llamadas a la acción directa por una parte, y las capacidades reales del PCA por otra, exponían a los militantes a la represión y les alejaba de la posibilidad de una movilización de masas.

Algunos de los actores colectivos que, por diversas razones, se situaron al margen del sistema institucional, otorgaron a la acción directa en la calle una importancia central en sus estrategias políticas, construyendo así un escenario político en el que el enfrentamiento físico con el adversario se presentaba como el horizonte último. En el nuevo contexto de la restauración institucional y de la crisis más general de la democracia, se salieron, en la práctica, de los marcos tradicionales que regían hasta entonces los modos de ocupación de la calle. Los nacionalistas reformularon los motivos asociados al republicanismo local en un sentido más radical: le otorgaron a la acción cívica directa contra el enemigo un papel central, absolutizando así el valor de la virilidad ciudadana en un sentido más militarizado. Por su lado, el radicalismo reactivó los elementos de su religión cívica asociados al período anterior a 1912: abstención, revolución, movilización. En este marco, la acción cívica era ante todo asociada a las muestras de heroísmo personal y a la capacidad de afirmar “virilmente” sus posturas políticas en el espacio público. Finalmente, el PC

se posicionó en ruptura con la cultura de la movilización tradicional de la que participaba hasta 1930. Siguiendo la nueva orientación de la IC, apuntó a la conquista de la calle y a la acción directa “de masas” en vista a la lucha final que se aproximaba. Aunque se tratase, después de todo, de grupos minoritarios cuyas estrategias de acción tenían pocas posibilidades de desestabilizar el sistema, contribuyeron a que el fantasma de la insurrección se cerniera sobre el espacio público.

La política al borde del enfrentamiento

Prácticas cotidianas de combate callejero

En este contexto de crisis del régimen, esta época se caracterizó por la proliferación de la violencia cotidiana en la calle, alimentada en parte por algunos grupos nacionalistas que asumieron la función de defender, armas en mano, un orden que estimaban amenazado, atacando directamente a sus “enemigos”. Entre 1932 y 1934, hemos podido identificar un total (no exhaustivo) de 59 acciones violentas directamente provocadas por organizaciones de extrema derecha. Dichas acciones causaron diez muertos⁶⁶ y al menos 45 heridos. Estas prácticas se manifestaron de distintas formas e impusieron una lógica agonística en el espacio público a la que los demás actores colectivos se vieron obligados a responder.

En su lucha contra los “elementos disolventes” para “mantener el orden” y por la “defensa de la patria”, los grupos nacionalistas no dudaron en apropiarse de algunas prerrogativas normalmente reservadas al Estado. La CPACC se mostró particularmente activa en esta materia, puesto que combinó la vigilancia del desarrollo de actividades políticas en el espacio público con los ataques a sus adversarios. En su libro *El comunismo en la Argentina*, Carlos Silveyra se felicita por haber perseguido “a la familia comunista a sol y sombra”, dispersando sistemáticamente “todas sus reuniones públicas”. Añade que su organización habría procedido al allanamiento de más de 40 centros y bibliotecas comunistas de la ciudad⁶⁷. A esta acción represiva, paralela a la de la policía, hay que agregar el trabajo de inteligencia, ya que en su obra se puede encontrar gran cantidad de documentos facsímiles del Partido Comunista y de estadísticas policiales. De hecho, el 2 de agosto de 1933, cuando recibió a mutilados de guerra alemanes en la sede central de la CPACC, Silveyra les enseñó con orgullo los archivos “en que se guardan documentos que han sido obtenidos en centros comunistas, así como fichas y retratos de los agitadores sociales”⁶⁸. Por otra parte, en febrero de 1934, la organización decidió establecer “una estricta vigilancia en las conferencias del PS, a los efectos de impedir que sus oradores pronunciaran frases y conceptos ofensivos” a la nacionalidad argentina o que intentaran violar el decreto del Ejecutivo que prohibía “el uso del trapo rojo como emblema”⁶⁹.

Generalmente, cuando cabía informar sobre algún acontecimiento violento, los grupos nacionalistas fueron mencionados en la prensa bajo el término genérico de “legionarios”. Sin embargo, la LCA no parecía ser la más dinámica en materia de acción violenta; la CPACC, la Liga Republicana, la Legión de Mayo y la organización Uriburu parecían estar más a la vanguardia de este tipo de prácticas que a menudo eran llevadas a cabo de forma conjunta entre varias organizaciones.

Durante el período, la persecución de los “enemigos” se llevó a cabo en diferentes terrenos. Para empezar, el conflicto particular entre radicales y “legionarios” representaba un primer eje de la violencia que se apoderó del centro: un área que abarcaba la Avenida de Mayo, la calle Florida y la Plaza San Martín. Esta vieja rivalidad todavía conservaba en numerosos aspectos la lógica del período comprendido entre 1929 y 1931⁷⁰ e implicaba casi exclusivamente a las organizaciones nacidas de la Revolución de Septiembre: la LR, la LCA y la Organización Uriburu que compartían el mismo espacio que los militantes de la UCR. Así, inmediatamente después del levantamiento del estado de sitio el 22 de febrero de 1932, una manifestación radical desfiló por la Avenida de Mayo y por la calle Florida al grito de “¡A quemar *La Fronda!*”, expresando así su voluntad de recuperar “su” territorio de las manos de los adversarios. Sin embargo, fueron atacados con disparos por un grupo de nacionalistas dirigido por Juan Carulla⁷¹.

A partir de entonces, la violencia entre los dos bandos se tradujo en una lógica constante de acoso tanto por parte de los radicales como de las “legiones”. Este es el caso del acto organizado en honor a los radicales que volvían de su exilio, el 27 de febrero, y que acabó con un largo tiroteo ante la sede de *La Fronda*. Ese día, una columna de unos 1.000 militantes de la UCR salió del lugar de la concentración en la calle Alem y se encaminó por la calle Florida en dirección a la Plaza de Mayo. Al pasar ante *La Fronda*, comenzaron a aclamar a Yrigoyen y a lanzar insultos contra el periódico. En ese momento, los miembros de la LR, que se habían organizado para responder a la provocación ocultándose en los tejados armados con rifles, dispararon “tres series de ráfagas”⁷² sobre la multitud causando cinco muertos y 26 heridos⁷³. Del mismo modo, el 25 de mayo de 1933, durante un desfile de la LCA en honor a San Martín, fueron registrados varios incidentes entre nacionalistas y radicales. A lo largo del recorrido, algunos militantes de la UCR atacaron el desfile disparando al aire y “profiriendo gritos hostiles contra la legión”. Al mismo tiempo, se organizó una contra-manifestación en la calle Florida al son de “¡Democracia sí, legionarios no!” que acabó con un nuevo tiroteo ante los balcones de *La Fronda* y causó la muerte de un niño de 10 años, Joaquín Cifuentes⁷⁴. Si ambas partes eran las mismas que en 1930, los choques entre ellos adquirieron entonces una intensidad mucho mayor, en gran parte alimentada por el papel positivo que los legionarios atribuyeron a la violencia. Así, el 26 de mayo de 1933, el *Boletín de la Liga Republicana* reivindicó abiertamente la autoría del tiroteo que había provocado la muerte a Cifuentes:

Los grupos del señor Irigoyen o del señor Alvear estaban perfectamente marcados o vigilados por las patrullas de la Liga Republicana. Cualquier intento de ataque o de marcha, era contenido por los liguistas, a quienes les bastaba un gesto recio y una actitud firme para amedrentar a los radicales⁷⁵.

Entre abril y octubre de 1932, la violencia también tuvo como escenario principal las Facultades de Medicina y Derecho, cuando una huelga general de los estudiantes reformistas de la FUA provocó la reacción del medio estudiantil nacionalista. La disputa entre ambos bandos por hacerse con el territorio de la facultad fue casi diaria hasta finales de junio. Este conflicto particular tuvo como resultado la creación, el 18 de junio, de la Asociación Nacionalista de Estudiantes de Derecho: un “organismo defensivo de emergencia” con el objetivo de realizar “una enérgica acción nacionalista en defensa de la patria y del orden contra el comunismo y cualquier amago de revolución social”⁷⁶.

La acción de los nacionalistas contra los universitarios reformistas tuvo como punto culminante el incidente ocurrido el 19 de julio con motivo del acto de confraternidad con los estudiantes uruguayos, organizado en el salón Augusteo por la FUA. Según Iburguren, la víspera, los miembros de la LR habrían reunido el conjunto de los grupos nacionalistas en la sede de *La Fronda* con el objetivo de coordinar una acción común e “interrumpir a palos la asamblea de los estudiantes izquierdistas”⁷⁷. Según la prensa, el día de las agresiones, el lugar estaba abarrotado de miembros de la LR, de la Legión de Mayo y de la logia Uriburu⁷⁸. Las ofensivas de los grupos de extrema derecha también fueron objeto de réplicas sistemáticas por parte de los estudiantes reformistas al grito de “¡Viva la reforma!”⁷⁹. La mayor parte de las veces, éstas provocaron lo que los periódicos solieron calificar como “batallas campales”⁸⁰.

A partir de junio, los ataques nacionalistas también se centraron contra los comunistas y el movimiento sindical, sobre todo en la parte sur de la ciudad o en los “territorios” tradicionalmente asociados a los *mítines* obreros. El 18 de junio, por ejemplo, el periódico *Bandera Roja* fue violentamente atacado y quemado por los miembros de la LCA (según las versiones de *Crítica* y de *Bandera Roja*, aunque es posible que se tratase de miembros de la CPACC) armados con cuchillos, cachiporras y pistolas⁸¹. El 7 de septiembre, una conferencia del Partido Concentración Obrera en la Plaza Once fue disuelta por “jóvenes patriotas” que llevaban “pistolas de gran calibre”⁸². El 29 de octubre, una concentración de la Unión Obrera Local en el Parque de los Patricios fue violentamente disuelta, revólver en mano, por activistas de la CPACC⁸³. Estos últimos también parecen haber estado en el origen del asalto al local sindical de Méjico 2070 durante una reunión de la central comunista (CUSC) y del funesto tiroteo acontecido el 3 de diciembre en Parque de los Patricios durante un mitin de la FOLB⁸⁴. En la mayoría de los casos, los asaltantes tuvieron que hacer frente a la resistencia de los manifestantes. Así, por ejemplo, durante la conferencia de Concentración Obrera en la Plaza Once, uno de los asistentes replicó a los nacionalistas a balazos.

La segunda mitad del año 1933 estuvo marcada por una significativa disminución de incidentes provocados por los nacionalistas. Sin embargo, a partir de marzo de 1934, los líderes de las diversas organizaciones de extrema derecha se pusieron de acuerdo sobre un nuevo plan de acción que buscaba “provocar con métodos sorprendidos un estado permanente de tensión pública”. Así fue como la reciente victoria electoral de los socialistas en la capital dio lugar a una “campaña de contra-ataque frente al extremismo rojo ensordecido después de su victoria”. Había que “volver a dominar la calle...”⁸⁵. Efectivamente, 26 de las 59 acciones violentas que hemos podido registrar tuvieron lugar entre marzo de 1934 y junio de 1935. En la mayor parte de las veces, estas acciones consistían en hacer explotar petardos incendiarios o bombas de gas delante de los comités socialistas, radicales y antifascistas, en las sedes de periódicos y en cines y sinagogas, revelando una nueva orientación de las prácticas de los grupos nacionalistas hacia los barrios⁸⁶.

Más allá de las reorientaciones de estrategia, todas las acciones de los nacionalistas que hemos registrado tenían el objetivo de realizar ataques directos contra aquellos que eran considerados como enemigos de la Nación. Se trataba de hacerse presentes en todos los espacios públicos de la ciudad con el fin de eliminar la presencia de los adversarios, a

través de prácticas que, por lo general, se caracterizaban por su aspecto ritualizado con fuerte componente agonístico. El *modus operandi* era casi siempre idéntico: en un principio se buscaba impresionar a los rivales y preparar el combate. Cuando entraban en escena, las tropas de choque nacionalistas solían presentarse exhibiendo su pistola o su cachiporra y enarbolando una bandera argentina, símbolo de la lucha en defensa de la patria⁸⁷. Por lo general, el anuncio del pasaje al acto estaba acompañado por un grito de guerra que se repetía en todos los casos estudiados: “¡Viva Uriburu!”, “¡Viva la Legión!” y “¡Viva la patria!”⁸⁸.

Los gritos identitarios y la exhibición de armas no eran elementos nuevos entre las prácticas políticas tradicionales. Sin embargo, el sentido de los mismos se vio actualizado por el papel que la violencia jugaba en la definición de la identidad de los nacionalistas y por la radicalización de la forma en que éstos concebían la acción. Así, en 1935, *Combate*, el periódico de la LCA, clamaba con satisfacción que la población identificara los legionarios con la violencia:

Si, señores legionarios, la violencia; más de una vez he oído, y creo que ninguno de vosotros me lo negará, que decir legionario nacionalista es sinónimo de cachiporra y trompada; creo que para la inmensa muchedumbre el símbolo nuestro sería la cachiporra o el brazo descargado en un directo a la cara⁸⁹.

Al oponerse a la verborrea y al legalismo de los políticos, al parlamentarismo y a los partidos, la acción violenta colectiva en la calle –simbolizada tanto por la cachiporra y el puñetazo, como por el brazalete azul y blanco, la insignia distintiva o el puño americano– se impuso como la práctica que definía la esencia misma del nacionalismo. De igual manera, y como ya lo analizó Federico Finchelstein, el grito de guerra “¡Viva Uriburu!” no tenía por única función la de reafirmar la unidad del grupo, sino que también remitía al “mito movilizador” creado posteriormente por los grupos de extrema derecha en torno a la Revolución de 1930. Concebida como la encarnación de la ideología nacionalista, la figura de Uriburu personificaba los “actos de guerra” heroicos y viriles atribuidos a la “gesta de septiembre”. Por ello, las prácticas violentas, asociadas a la evocación del nombre del “jefe de la revolución”, buscaban imponer en el espacio público “la verdad del legado” uriburista repitiendo en la calle “las acciones imaginarias atribuidas a los ‘mártires de septiembre’”⁹⁰.

A nuestro entender, se puede agregar que las invocaciones a Uriburu y a la patria fueron adquiriendo un sentido expiatorio que expresaba de manera simbólica un rechazo absoluto a la presencia del enemigo en el espacio público y hacía presagiar la radicalización del antagonismo amigo/enemigo; radicalización cuya esencia estaba resumida en el eslogan de la revista de la LCA *Combate*: “nacionalismo o muerte”⁹¹. Por lo tanto, los ataques a los adversarios constituían un momento en que se podía personificar a los enemigos ideológicos y hacer tangible la lucha total contra los mismos. El objetivo era, al mismo tiempo, teatralizar su eliminación del espacio público. Este aspecto se hizo literalmente evidente el 3 diciembre de 1932 en el Parque de los Patricios cuando los miembros de la CPACC dispararon directamente sobre los manifestantes. También se manifestaba cada vez que un grupo intentaba dispersar una manifestación “izquierdista”, al igual que en los saqueos y los atentados contra los periódicos, los comités políticos o las sinagogas. Un claro ejemplo es lo ocurrido la noche del 18 de junio de 1932, cuando una veintena de miembros de la LCA irrumpió en el taller en el que se imprimía el periódico *Bandera Roja* y, tras

rociar las máquinas con gasolina, intentaron quemar las bobinas de papel⁹². Igualmente, el 4 de noviembre, durante el ataque al local de México 2070, los miembros de la CPACC rompieron los cristales, las puertas, las estanterías y las bibliotecas, y se llevaron los objetos que allí se encontraban⁹³. Los “legionarios” también destrozaron el interior del Augusteo, destripando a navajazos 350 de los 400 asientos del salón⁹⁴, durante los enfrentamientos acontecidos tras el mitin de confraternidad de la FUA.

En otras ocasiones, la acción de eliminación adquirió una gran dimensión simbólica. En 1935, las “brigadas de asalto” de Carlos Silveyra fueron explícitamente invitadas por una circular a “quitar el uso de la palabra a los que intenten ofender a la patria”, así como a “arrancar de viva fuerza el trapo rojo y disolver la reunión al grito de ‘viva la patria’”⁹⁵. La bandera roja, símbolo de división, de internacionalismo y de incitación a la “guerra social”, debía ser extirpada del espacio urbano para sustituirla por el emblema de la unión nacional.

Así, el uso de la violencia se veía justificado por la necesidad de purificar y de regenerar el espacio público de los “elementos disolventes” y de los símbolos que representaran una afrenta a la sacralidad de la nación. Como afirmaba el periódico nacionalista *La Fronda* tras el ataque a la concentración de la Unión Obrera Local el 29 de octubre de 1932: “la plaza pública, lugar de reposo y solaz higiénico” había sido “limpiada de sujetos malolientes, física y moralmente”⁹⁶. Juan Carulla, por su parte, durante un enfrentamiento entre “legionarios” y estudiantes reformistas el 19 julio de 1932, exhortó a sus compañeros a “limpiar la calle de rusos comunistas”⁹⁷.

Con el uso de estas prácticas, los herederos de los “mártires de septiembre” pretendían demostrar todas las virtudes de los grandes soldados. Así, Carlos Silveyra relata que las banderas ganadas a sus adversarios por los miembros de la CPACC eran conservadas como “trofeos” que representaban una prueba de su heroísmo en combate⁹⁸. De la misma manera, tras el tiroteo que causó cinco muertos frente a *La Fronda* el 27 de febrero de 1932, Federico Iburguren se felicitó por la acción llevada a cabo con sus compañeros de la LR:

No hicimos más que cumplir con nuestro deber, como hombres y como ‘republicanos’. (...) El deber que reclama la nueva generación nacionalista que ha sabido jugarse el 28 de febrero con valor decidido y limpieza quijotesca en la intención... La cobardía es siempre una enfermedad de vencidos⁹⁹.

La *cartilla nacionalista* de la LCA también recordaba que el deber del legionario era “tener virtud heroica y espíritu de sacrificio”, “ser intrépido y resuelto de acción y pensamiento porque el ocio entumece y sólo atacando se consigue la victoria”¹⁰⁰. Los grupos de extrema derecha absolutizaban así las virtudes republicanas del heroísmo y la virilidad, atribuyendo a la acción violenta la función de trascender y regenerar la política tradicional.

La violencia entre la denuncia y la justificación

Frente al clima que dominaba las calles, el recurso a la violencia adquirió un estatus particularmente ambiguo, ya que se denunciaba la del adversario al tiempo que se la justificaba como un mal necesario para responder a las agresiones. Entre los nacionalistas, en primer lugar,

y como ya hemos visto, este aspecto era inherente a su manera de concebir la política. La práctica de la acción violenta representaba un recurso legítimo, una tarea moral, un acto heroico para luchar contra los “enemigos internos”. Su objetivo era prepararse para el momento en el que la “provocación” de los adversarios precipitara el enfrentamiento final. Por lo tanto, aunque se tratase de una práctica ofensiva, no dejaba de ser una acción de “legítima defensa”, de “justicia por mano propia”, de purificación y de regeneración.

De este modo, el diario *La Fronda* justificó el hecho de que sus periodistas hubiesen disparado contra los manifestantes radicales causando 5 muertos el 27 de febrero de 1932, presentándose como una víctima de los ataques de sus enemigos e invocando su derecho, incluso el deber, a defenderse:

Si es que han salido tiros de LA FRONDA, nadie negará que nos hemos defendido legítimamente, en nuestra propia casa, de un asalto llevado con nocturnidad, premeditación y alevosía sin límites, puesto que la policía abandonó a los asaltante a sus criminales intenciones. (...) como ciudadanos y periodistas de una escuela digna, que apunta exclusivamente al bien público y al saneamiento moral de este pueblo corrompido por la demagogia turbulenta, declaramos que hemos cumplido con nuestro deber honrado y patriótico¹⁰¹.

Del mismo modo, el 7 de diciembre 1932, tras la muerte del obrero Hevia en el Parque de los Patricios como consecuencia del ataque de los miembros de la CPACC contra un mitin de la FOLB, el diputado conservador filonacionalista Francisco Uriburu situó los hechos bajo el signo de la legítima defensa del grupo de extrema derecha:

Estas asociaciones las miro con simpatía, a pesar de que soy enemigo de la violencia, porque la violencia engendra la violencia. Y es necesario no olvidar que esos hombres juegan también su vida, y si van (...) a esas reuniones, como la del Parque Patricios, donde trece jóvenes han disuelto una manifestación de trescientos comunistas, es con riesgo de su vida. En las ropas del muerto canonizado fue encontrado un revólver en el que había dos cápsulas vacías (...). ¿Entonces hay o no el derecho de legítima defensa? Si los comunistas quieren concluir con la Nación, la juventud argentina concluirá con el comunismo¹⁰².

Los “enemigos internos” -pérfidos y ocultos en la sombra- eran designados como los agresores, ayudados por la pasividad de la policía. Semejante situación sólo podía provocar a cambio la reacción de “ciudadanos honorables y patrióticos”, comprometidos “virilmente” con la defensa de la nación.

Si esta lógica era poco sorprendente de parte de los sectores asociados al nacionalismo autoritario, también se puede identificar en los discursos y las prácticas del resto de los actores de la vida política de la época. El PC, por ejemplo, combinó sistemáticamente las denuncias de la violencia provocada por las “bandas fascistas” con llamamientos a organizar la autodefensa de los trabajadores para garantizar la protección física de las actividades del partido. El partido entró, en este sentido, en concordancia con las directivas del Komintern que exhortaban a la autodefensa obrera¹⁰³. A partir de junio de 1932, cuando el conflicto se acentuó en las calles,

las columnas de *Bandera Roja* rebosaban de artículos que invitaban a organizar una respuesta armada a los ataques del “fascismo”. Así, por ejemplo, el 12 de junio:

La clase trabajadora exige el desarme de las bandas fascistas. A hierro y plomo anhela acallar la voz del proletariado, que es voz de pelea, de lucha de clases implacable, consecuente. (...)

¡No hay que permitirlo, trabajadores! Exige e impondrá su exigencia en la lucha contra la dictadura 4144.

Pero el proletariado debe bregar, al mismo tiempo, por su propio armamento, por la organización de la autodefensa proletaria.

A los brigantes fascistas enfrentemos la enérgica autodefensa del proletariado.

Es preciso alistarse para el combate. No tolerar el crimen oficializado del fascismo.

¡Por el desarme de las bandas fascistas! ¡Por la autodefensa proletaria!¹⁰⁴.

Igualmente, en julio, tras el ataque de los “legionarios” a su local, *Bandera Roja* afirmó que era necesario defender los locales y proteger los mítines por medio de grupos armados de autodefensa¹⁰⁵. Existen varios indicios que nos hacen pensar que los grupos llamados de “autodefensa” fueron realmente formados durante este periodo, incluso si dichos grupos todavía no habían adoptado la forma de estructuras orgánicas. Para empezar, el 16 de mayo de 1933, una conferencia organizada por comunistas en el campamento de desocupados del Puerto Nuevo, que reunió a aproximadamente 600 personas fue objeto de vigilancia y de su correspondiente informe por parte de la Sección Especial (SS) de la Policía. Durante el mitin, la policía intervino para detener a un orador pero, al intentar debatirse éste a puñetazos, los organizadores de la concentración “sacaron sus revólveres y abrieron fuego sobre los agentes”. Según la SS, los autores de los disparos no eran otros que los miembros del “grupo de autodefensa” encargado de la protección del acto¹⁰⁶. Durante el tiroteo se realizaron unos sesenta disparos y, finalmente, fueron detenidos nueve comunistas que llevaban revólveres y cuchillos.

En junio de 1933, una circular del Comité Regional de la Capital fue distribuida clandestinamente con el propósito de difundir las instrucciones para la preparación de una “gran asamblea antifascista”, organizada en el Teatro Verdi de La Boca por el Comité Popular contra el Fascismo. En ella se precisaba, entre otras cosas, que la reunión no debía servir de pretexto para la intervención de la policía. Sin embargo:

si interviene, debemos defendernos y debemos estar prevenidos también contra los legionarios. Para eso, cada barrio debe formar un grupo, bajo la dirección de un jefe cuyas indicaciones deberán cumplirse sin vacilar ni discutir y que vayan preparados como autodefensa, armados de cachiporras, fierros o lo que tengan, para defender el acto y los oradores¹⁰⁷.

La circular también definía la disposición exacta en la que debía posicionarse cada célula durante el mitin: Parque Patricios, Mataderos y Paternal cerca de la entrada del salón; La Boca debía defender la tribuna y a los oradores; Villa Crespo y Caballito en el lado izquierdo del salón y Puerto y Belgrano, en el derecho. Así pues, este documento deja suponer que estos barrios de Buenos Aires contaban con militantes capaces de armarse para garantizar la seguridad de las acciones colectivas del partido.

Si bien es poco probable que la autodefensa comunista fuese una verdadera formación militarizada –como lo pudieron ser, por ejemplo, los Grupos de Defensa Antifascista en Francia–, lo que sí es cierto es que los militantes comunistas mostraron una enérgica actitud defensiva cuando la policía intentaba reprimir sus reuniones públicas. Hemos podido identificar 10 casos en los que la intervención policial produjo la reacción de los manifestantes con disparos, golpes con barras de hierro y cachiporrazos, y terminaron con agentes heridos. También se encontraron revólveres y cartuchos durante un registro realizado por la SS en el Comité de Barrio de La Boca en abril de 1933¹⁰⁸.

El Partido Socialista, por su parte, adoptó una actitud mucho más ambigua frente al uso de la violencia, jugando permanentemente a dos bandas. Efectivamente, a lo largo del período, los socialistas buscaron ante todo erigirse en defensores del legalismo y la democracia multiplicando las denuncias públicas sobre los abusos cometidos por “organizaciones armadas” nacionalistas– en los mítines, en los periódicos y en el Congreso. Sin embargo, esta posición siempre estuvo acompañada de palabras de advertencia que dejaban la puerta abierta al potencial recurso a la violencia en el caso de que fuera necesaria. De este modo, el 15 de junio de 1932, en su discurso de interpelación al Ministro del Interior en relación a los rumores de un golpe de Estado, el diputado Nicolás Repetto dio a entender que el PS estaba preparado para organizar su autodefensa:

Ya tenemos dos legiones cívicas: la de no sé quien, la que sucede a la anterior; y la actual, la que surge para defender a este gobierno. Y vamos a tener la nuestra, con más razón que ustedes porque nosotros tenemos, como partido, muchas cosas que defender. (...) Nosotros nos vemos obligados a organizar nuestra propia defensa¹⁰⁹.

Cuatro días más tarde, al día siguiente de la realización de un gran mitin llamado “de la libertad”, el órgano socialista *La Vanguardia* se felicitó porque sus “guardias socialistas” habían garantizado “el orden y la cultura” de la concentración. La nueva formación, identificada por una insignia verde¹¹⁰ y celebrada como una “fuerza juvenil”, cristalizó toda la ambigüedad de la posición del PS: sus miembros, portadores de valores como el “vigor y la disciplina” y animados por “convicciones democráticas”, eran a su vez celebrados por el diario por haber sabido reaccionar “enérgicamente” contra “elementos perturbadores” que “blandían cachiporras”, arrebatándoselas pero en todo momento con “gran tranquilidad”¹¹¹.

A partir del ataque a la concentración de la FOLB en el Parque de los Patricios y la consiguiente muerte del trabajador Hevia en diciembre de 1932, las condiciones de la lucha política obligaron al PS a radicalizar su discurso sobre el recurso a la violencia. El partido comenzó a asumir así una posición más abiertamente orientada hacia la reivindicación de la necesidad de la “legítima defensa”, aunque siempre con una cierta timidez. Así, el 8 de diciembre, en una entrevista otorgada a *Crítica*, el diputado socialista Alfredo Palacios afirmó que condenaba “la violencia, ya parta de la extrema derecha o de la extrema izquierda” porque seguía “creyendo en la democracia, la única forma de gobierno de hombres libres”. Sin embargo, añadió:

Todas las agrupaciones pacifistas que condenan la guerra no la desdeñarían en el caso de que una nación fuese injustamente agredida por otra. Todo hombre tiene el derecho de defender su hogar. Así, si nosotros somos agredidos, nuestro deber primordial de hombre nos manda defendernos. La fuerza debe repelerse por la fuerza. Pero es preciso, ante todo, obrar con serenidad¹¹².

El diputado Alejandro Castiñeiras por su parte, afirmó durante la concentración organizada por el partido en el Parque Patricios el 11 de diciembre para protestar por la muerte de Hevia, que el PS tenía que enfrentar la reacción “altiva y valientemente” en todos los terrenos y que, por lo tanto, no había de proclamar “el fetichismo a la legalidad”. Recordó que el partido había “repudiado siempre la violencia como sistema y como método de acción”, pero que:

frente al desborde de la reacción, al abandono total que han hecho de las formas correctas y de los procedimientos democráticos, corresponde al pueblo también comprender esa situación y, en consecuencia, ensayar nuevos métodos de acción, a fin de contrarrestar con eficacia la lucha que plantea. (...) si individualmente sufrimos la agresión injusta, tenemos el derecho y el deber de defendernos. En estos casos la fuerza se repele con la fuerza¹¹³.

Efectivamente, las primeras concentraciones organizadas por el PS tras los acontecimientos de diciembre de 1932 dejaron entrever la existencia novedosa de un servicio de orden. Así, durante un mitin contra el fascismo organizado el 28 de mayo de 1933 en Boedo, el diario *Crítica* mencionaba la presencia de una Guardia Roja, “formada por afiliados de entereza probada y comandada por hombres serenos y enérgicos, capaces de hacer frente a cualquier contingencia que se presente”. Dos semanas más tarde, durante otro mitin que tuvo lugar en Villa Crespo el 11 de junio de 1933, el diputado Mario Bravo reiteró la necesidad de formar “milicias” capaces de defender la democracia:

Tuvo palabras de recordación para las milicias socialistas de Alemania, de Viena y algunas ciudades belgas, donde los componentes del socialismo organizado y disciplinado defendían las posiciones de los parlamentos, concejos y municipios frente a la posibilidad de un ataque por sorpresa de las fuerzas antidemocráticas. Ese ejemplo, dijo el orador, debía ser imitado en todas partes, pues el pueblo que no se organiza y disciplina con la orientación clara de sus postulados democráticos no está en condiciones de mantener en forma eficaz las conquistas alcanzadas por las democracias orgánicas y definitivamente constituidas¹¹⁴.

Finalmente, en septiembre de 1933, durante una concentración contra el fascismo organizada en la Plaza Once, *La Nación* informaba que los organizadores “habían tomado precauciones destacando miembros de la federación y grupos de afiliados para ayudar a mantener el orden, los cuales recorrían las explanadas de la plaza y algunos lugares adyacentes”¹¹⁵.

La vacilación constante de los discursos socialistas, entre la reafirmación del compromiso del PS a respetar los procedimientos democráticos y a promover prácticas ordenadas y pacíficas por una parte, y por la otra la invocación –a menudo con un cierto malestar– de una posible adaptación de los métodos de lucha frente a una situación política convulsa, parecían ser un reflejo de los debates internos que atravesaban el partido. Por aquel entonces, el partido se debatía entre su tradición ultralegalista y una coyuntura a la vez nacional e internacional, la del “auge del fascismo”, que condujo a la mayoría de las fuerzas políticas a reconsiderar sus estrategias de acción. ¿Acaso no consideró la Internacional Socialista Obrera organizar un Congreso en 1932 para discutir la posible redefinición de los “medios de lucha para acceder al poder”¹¹⁶?

Esta reflexión en el seno del partido local se tradujo, especialmente entre finales de 1932 y mayo de 1934, en un enfrentamiento ideológico sobre la táctica que el partido debía adoptar, entre reforma y revolución. Éste oponía a la Federación Socialista de Mendoza (FSM) y un grupo de jóvenes socialistas porteños reunidos en torno a la revista *Cauce* al Comité Ejecutivo Nacional del PS. A principios de 1933, el debate se vio reflejado en la revista socialista *Claridad* con la publicación de una encuesta realizada entre los “militantes activos” para responder a la siguiente pregunta: “¿Debe cambiar de táctica el socialismo?”¹¹⁷. Por su lado, la FSM, al tiempo que señalaba el fracaso internacional de la “política socialdemócrata”, se declaraba a favor de la recuperación del Programa Máximo del PS, del fin del apoliticismo sindical y de la organización de una “fuerza nacional de defensa” integrada por afiliados y simpatizantes para garantizar la protección de la clase obrera. El documento presentado en enero de 1933 a los dirigentes del PS, titulado *Métodos de acción y táctica a seguir en la lucha por la conquista del poder*, sostenía que el fascismo y los golpes de estado nacionalistas habían situado el problema de la lucha por el poder en el terreno de la violencia pretendiendo “aplantar a golpes de cachiporra al movimiento obrero y socialista y que, en consecuencia, resultaba absurdo que el PS renegara de los métodos de fuerza cuando era violenta e ilegalmente agredido”¹¹⁸.

A pesar de que los responsables del PS se opusieron a las propuestas del “grupo de izquierda”, reafirmando así la línea reformista tradicional del partido, dejaron entrever en su discurso sobre la violencia, entre 1932 y 1934, su vacilación respecto al método a seguir, sin cerrar del todo la puerta a la organización de una fuerza de autodefensa. Esto se explica por el hecho de que el tema no fue realmente resuelto hasta mayo de 1934, durante el Congreso Ordinario del Partido en el que la “vieja guardia” del socialismo revocó las propuestas del ala izquierda. Por otra parte, la dualidad constantemente formulada entre el respeto a las normas “civilizadas” de la democracia y el recurso a la defensa frente a la agresión externa, no hacía más que reproducir una forma tradicional de concebir la práctica ciudadana que no necesariamente excluía las muestras “viriles” de acción pública. Por ello, cabe diferenciar las propuestas del ala izquierda, efectivamente orientadas hacia la radicalización de las prácticas del partido, de los elogios de las autoridades socialistas a la Guardia Roja cuya existencia y función se vieron justificadas en términos de “defensa democrática”, más conforme a la tradición política local.

Por último, cabe imaginar que, al hacer uso de un tono más ofensivo, los dirigentes socialistas trataban de responder a una situación de violencia callejera que sufrían diariamente los militantes de base cuyas posiciones parecían mostrarse favorables a una reacción armada. Durante un debate parlamentario en agosto de 1934, el diputado socialista y sindicalista Francisco Pérez Leiros afirmó que los “ciudadanos pacíficos” que antes sentían “el desprecio más absoluto” por la violencia, estaban ahora dispuestos “a aprender el manejo de las armas para defenderse de las hordas” nacionalistas¹¹⁹. El testimonio del socialista y periodista Jorge Chinetti nos da algunas pistas en este sentido:

Cuando los legionarios mataron al obrero Hevia... pues bien después de una serie de agresiones, tentativas de incendio contra centros socialistas y sindicatos, organizamos la Guardia Roja. Teníamos, entre otros, a Enrique Broken (sic), que después fue un tipo importante en la izquierda, en el trotskismo (...). Recuerdo que un día en que había que defender un local, se apareció con un máuser que tenía el padre en la casa. Y a

partir de ahí organizamos la Guardia Roja. Teníamos así un mecanismo de autodefensa. No teníamos el propósito de una guerrilla, ni nada de eso, sino de tener una buena autodefensa¹²⁰.

Este relato hace pensar que la Guardia Roja fue, para empezar, una iniciativa que surgió de las bases de manera muy improvisada. Por otra parte, cabe señalar que el abogado Enrique Broquen era uno de los militantes más emblemáticos del ala izquierda en haber defendido posiciones cercanas a las de la IV Internacional. Además, la revista comunista *Actualidad* señaló que las Guardias Rojas estaban compuestas en su mayoría por “jóvenes afiliados, socialistas, estudiantes, ‘intelectuales’ y pequeños ‘caudillos’ de barrio”¹²¹. Hemos comprobado que, en septiembre de 1933, *La Nación* también señaló la presencia de militantes de la “Federación juvenil” vigilando el mitin de la Plaza Once. Ahora bien, esta última fue justamente disuelta tras el Congreso Ordinario de 1934 para “privar a la oposición de izquierda de una de sus bases de apoyo”. Por lo tanto, es posible argumentar que la Guardia Roja pudo ser el resultado de la acción de los sectores más radicalizados del PS y que los dirigentes socialistas buscaron recuperar un hecho ya establecido para darle un sentido aceptable en el marco del legalismo que el partido defendía.

El año 1932 marcó un punto de inflexión que modificó las condiciones de la lucha política. La calle se vio dominada por la supremacía de organizaciones que, debido a su posicionamiento extraelectoral, buscaron formas de expresión ajenas a la cultura de la movilización hasta entonces dominante y que había sido creada dentro del sistema de democracia liberal y parlamentaria. Estas organizaciones ya no concebían la política como una suerte de pedagogía dirigida al individuo-elector, sino que la sustituyeron por formas de movilización colectiva que unían al grupo y lo constituían como tal. Por otro lado, en un contexto marcado por la crisis del consenso liberal y el ascenso de la extrema derecha –tanto a nivel nacional como internacional–, la mayoría de los actores colectivos postulaba una escena al borde del enfrentamiento que reforzaba la lógica amigo/enemigo y justificaba la necesidad de recurrir a la acción directa, incluida la violencia, contribuyendo así a la renovación de las culturas políticas. Los grupos nacionalistas, concretamente, introdujeron la militarización y la dinámica agonística en el espacio público, obligando a otras organizaciones políticas a redefinir sus estrategias que, más que ciudadanas, pasaron a convertirse en militantes. Estas organizaciones se vieron en la necesidad de replantearse sus modos de acción y su respuesta ante la violencia, encaminándose hacia la defensa de sus actividades, y en algunos casos hacia el rechazo de las formas de la política democrática tradicional. Las prácticas asociadas a la tradicional política facciosa se vieron así actualizadas a la luz de la violencia y de las lógicas propias de la política de los años 1930.

Fuentes

Archivo General de la Nación (AGN), Fondo del Ministerio del Interior.
Cámara de Diputados, Diario de sesiones (1933-1934)
Vandervelde, Emile. "Tiempos difíciles y nuevos deberes". *Revista Socialista*. No 31, diciembre 1932.
República Argentina, Policía de Buenos Aires, Capital Federal.
Silveyra, Carlos. *El comunismo en la Argentina*. Buenos Aires, Patria, 1936.

Acción. Órgano de la Liga Anti-Imperialista
Actualidad
Bandera Argentina
Bandera Roja
Crítica
La Fronda
La Internacional
La Nación

Bibliografía

Alonso, Paula. *Entre la revolución y las urnas. Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años noventa*. Buenos Aires, Sudamericana, 2000.
Audóin, Stéphane. "Le parti communiste français et la violence: 1929-1931". *Revue Historique*. No 546, abril-junio de 1983.
Buchrucker, Cristián. *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial*. Buenos Aires, Sudamericana, 1999.
Camarero, Hernán. *A la conquista de la clase obrera, Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2007.
----- "El tercer período de la Comintern en versión criolla". *A Contacorriente*, Vol. 8, No 3, 2011.
Carulla, Juan E. *Al filo de medio siglo*. Buenos Aires, Editorial Llanura, 1951.
Cattáneo, Atilio. *Plan 1932. El concurrencismo y la Revolución (estudio crítico de una política argentina)*. Buenos Aires, Proceso ediciones, 1959.
Cerdeira, Omar; Etchevest, Graciela; Galibert, Ana María; y García Molina, Fernando. *La Legión Cívica Argentina (1931-1932)*. Buenos Aires, CEAL, 1985.
Chinetti, Jorge. "El deseo de comunicar". Doljanin, Nicolás. *La razón de las masas. Nosotros la clase*. Buenos Aires, Nuestra América, 2003.
Finchelstein, Federico. *Fascismo, liturgia e imaginario, El mito del general Uriburu y la Argentina nacionalista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002.
----- *Fascismo transatlántico. Ideología, violencia y sacralidad en Argentina y en Italia, 1919-1945*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010.
Fonticelli, Marcelo y Lvovich, Daniel. "'Clase contra Clase'. Política e historia en el Partido Comunista argentino (1928-1935)". *Desmemoria. Revista de historia*. No 23/24, 1999.
Goldstraj, Manuel. *Años y errores. Un cuarto de siglo de política argentina*. Buenos Aires, Editorial Sophos, 1957.
González Alemán, Marianne. "El conflicto callejero porteño y el derecho de reunión durante la segunda presidencia de Yrigoyen". *PolHis. Boletín Bibliográfico Electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política*. No 9, Primer semestre de 2012.
----- "¿Qué hacer con la calle?: el derecho de reunión en Buenos Aires y la tentativa de reglamentación de Agustín P. Justo en 1932". *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*. No 34, Tercera serie, 1er semestre de 2011.
Halperín Donghi, Tulio. *La República imposible (1930-1945)*. Buenos Aires, Ariel, 2004.
Ibarguren, Carlos. *Roberto de Laferrère. Periodismo, política, historia*. Buenos Aires, EUdeBA, 1970.
Ibarguren, Federico. *Orígenes del nacionalismo argentino*. Buenos Aires, Celcius, 1969.
Lvovich, Daniel. *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*. Buenos Aires, Javier Vergara, 2003.
----- *La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.
Martínez, Ilana. "Conflictos, disidencia y radicalización. El ala de izquierda del partido Socialista argentino, 1929-1937". Comunicación presentada en las II Jornadas Nacionales de Historia Social, Córdoba, 13-15 de mayo de 2009. Disponible en línea: <http://cehsegreti.com.ar/historia-social-2/mesas%20ponencias/MESA%209/Ponencia%20Ilana%20Martinez.pdf>
McGee Deutsch, Sandra. "Argentina: For Fatherland, Labor, and Social Justice". *Las derechas. The extreme right in Argentina, Brazil and Chile*. 1890-1939. Stanford University Press, 1999.

PIMSA. *Documentos y publicaciones*, No 31, 2001, disponible en línea: <http://www.pimsa.secyt.gov.ar/publicaciones/DT%2031.pdf>; "Estrategias de la clase obrera argentina: la huelga política de agosto de 1933", PIMSA. *Documentos y publicaciones*, No 53.

Shenkolewski-Kroll, Silvia. "El Partido Comunista en la Argentina ante Moscú: deberes y realidades, 1930-1941". *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*. Vol. 10, julio-diciembre de 1999. Disponible en línea: http://www1.tau.ac.il/eial/index.php?option=com_content&task=view&id=587&Itemid=233

Tartakowsky, Danielle. *Les manifestations de rue en France, 1918-1968*. Paris, Publications de la Sorbonne, 1997.

-----, *Le pouvoir est dans la rue. Crises politiques et manifestations en France*. Paris, Aubier, 1998.

Vidal, Georges. "Violence et politique dans la France des années 1930: le cas de l'autodéfense communiste". *Revue Historique*. Vol. 4, No 640, 2006.

Wolikow, Serge. *L'Internationale Communiste (1919-1943): Le Komintern ou le rêve déchu du parti mondial de la révolution*. Paris, Editions de l'Atelier, 2011.

Notas

¹Este artículo está basado en un capítulo de mi tesis, "Viriles et civilizados", *ciudadanía y usos políticos de la rue en Buenos Aires (1928-1936)*.

²Agustín P. Justo. Mensaje a la Asamblea Legislativa (20/02/1932)", Tulio Halperín Donghi, *La República imposible (1930-1945)*, Buenos Aires, Ariel, 2004, pp. 401-403.

³La victoria de Agustín P. Justo en 1931 sólo fue posible debido a que la UCR, tras el veto oficial a la candidatura de Marcelo T. de Alvear, decidió no participar en la contienda electoral. Además, las elecciones de 1931 estuvieron marcadas por el fraude electoral en las provincias de Mendoza y Buenos Aires permitiendo así garantizar la victoria local de las fuerzas conservadoras.

⁴Tulio Halperín Donghi, *La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, p. 13.

⁵Nicolás Iñigo Carrera es el único en centrar su análisis desde esta perspectiva. Para él, el conflicto social de este periodo estuvo marcado por la dicotomía fascismo/antifascismo en la que habría participado "la mayoría de la clase obrera organizada sindical y políticamente". "La huelga general política de 1932: descripción de los inicios de un ciclo en la historia de la clase obrera argentina", PIMSA. *Documentos y publicaciones*, No 31, 2001, disponible en línea: <http://www.pimsa.secyt.gov.ar/publicaciones/DT%2031.pdf>; "Estrategias de la clase obrera argentina: la huelga política de agosto de 1933", PIMSA. *Documentos y publicaciones*, No 53, 2005, pp. 86-129.

⁶Véase Marianne González Alemán, "¿Qué hacer con la calle?: el derecho de reunión en Buenos Aires y la tentativa de reglamentación de Agustín P. Justo en 1932", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, No 34, Tercera serie, 1er semestre de 2011, pp. 107-139.

⁷Véase Marianne González Alemán, "El conflicto callejero porteño y el derecho de reunión durante la segunda presidencia de Yrigoyen", *PolHis. Boletín Bibliográfico Electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política*, No 9, primer semestre de 2012, pp. 171-190.

⁸Omar, Cerdeira, Graciela, Etchevest, Ana María, Galibert, Fernando, García Molina, *La Legión Cívica Argentina (1931-1932)*, Buenos Aires, CEAL, 1985.

⁹*Crítica*, 21/02/1932, p. 2.

¹⁰Cristián Buchrucker, *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, p. 234. Según Marcus Klein, en abril de 1934, la LCA sólo alcanzaba los 2 000 miembros ("The Legión Cívica Argentina and the Radicalisation of Argentine Nacionalismo during the Década Infame", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Vol. 13, No 2, julio-diciembre 2002, disponible en línea: http://www.tau.ac.il/eial/XIII_2/klein.html).

¹¹*La Frontera*, 11/06/1932, p. 1.

¹²Buchrucker, *op. cit.*, p. 234.

¹³Buchrucker, *op. cit.*; Sandra McGee Deutsch, "Argentina: For Fatherland, Labor, and Social Justice", *Las derechas. The extreme right in Argentina, Brazil and Chile. 1890-1939*, Stanford University Press, 1999, pp. 193-247; Daniel Lvovich, *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, Javier Vergara, 2003.

¹⁴Federico Ibarguren, *Orígenes del nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Celcius, 1969, pp. 139-140.

¹⁵Federico Finchelstein, *Fascismo transatlántico. Ideología, violencia y sacralidad en Argentina y en Italia, 1919-1945*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010.

¹⁶McGee Deutsch, *op. cit.*, p. 207.

¹⁷Federico Finchelstein, *Fascismo, liturgia e imaginario, El mito del general Uriburu y la Argentina nacionalista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 11.

¹⁸Puede encontrarse una síntesis de la "estructura ideológica" de los nacionalistas de los años 1930 en el capítulo III de Buchrucker, *op. cit.*

¹⁹Para esta cuestión, referirse a Finchelstein, *Fascismo, liturgia e imaginario*, op. cit.

²⁰El año 1932 se caracterizó por un importante aumento en el número de huelgas. Entre enero y junio de 1932, se destacó el importante conflicto dirigido por la Federación Obrera de la Industria de la Carne en el que los comunistas tuvieron un peso importante. En abril de 1932, los trabajadores del tranvía también se declararon en huelga durante varios días. En mayo y junio de 1932, fue la Federación de Obreros y Empleados Telefónicos la que se puso en huelga durante 52 días. A menudo, la prensa nacionalista se refirió a estos conflictos como señales de la "amenaza comunista". Véase, *La Frontera*, 15/04/1932, p. 3 ; *La Frontera*, 14/06/1932, p. 5.

²¹*La Vanguardia*, 14/06/1932, p. 1. *La Frontera*, 14/06/1932, p. 1.

²²Juan E. Carulla, *Al filo de medio siglo*, Buenos Aires, Editorial Llanura, 1951, p. 222.

²³*La Frontera*, 27/04/1932, p. 6.

²⁴Es el caso por ejemplo de la gran concentración organizada por la Comisión Popular Argentina Contra el Comunismo el 20 de agosto de 1932 en la Plaza del Congreso para exigir a los poderes públicos la puesta en marcha inmediata de disposiciones anticomunistas. Tras un mes de una intensa campaña de propaganda en los barrios y la recogida de 275 000 firmas, el mitin de la CPACC consistió en presentar una petición pública ante el Parlamento para que toda asociación o propaganda "subversiva" fuera declarada ilegal. Según el diario nacionalista *Bandera Argentina*, la concentración congregó a 25.000 manifestantes. En esta ocasión, Carlos Silveyra, presidente de la CPACC, advirtió desde la tribuna: "Es necesario que todos los Argentinos (...) mirando bien alto los símbolos de la patria pronunciemos esta palabra para todos los delincuentes: Basta, y si los poderes de la Nación permanecieran impermeables ante el clamor popular, ha llegado la hora de salir a la calle para impedir para siempre que frente a la bandera azul y blanca se despliegue la insolente y audaz bandera roja." *La Frontera*, 21/08/1932, p. 6; *Bandera Argentina*, 21/08/1932, pp. 1-3

²⁵Finchelstein, *Fascismo, liturgia e imaginario*, op. cit., p. 53.

²⁶*Ibidem*, p. 95.

²⁷*La Nación*, 11/09/1933, p. 5.

²⁸Desde su formación en 1891, la UCR se erigió como defensora del "sufragio libre" y del respeto a la Constitución contra el "régimen" del PAN. Para ello combinó, hasta 1911, la realización de levantamientos armados con participaciones o abstenciones electorales según el momento político. La abstención y la revolución fueron pues dos instrumentos de deslegitimación de los gobiernos conservadores y dos elementos claves de la identidad del partido en su lucha por la "causa nacional". Ver Paula Alonso, *Entre la revolución y las urnas. Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años noventa*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000.

²⁹Declaración de la Comisión Nacional el 6 de abril de 1932, citado por Felix Luna en *Yrigoyen*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005, p. 537.

³⁰*Crítica*, 24/02/1932, p. 2.

³¹*Ibidem*. Tras la elección de Honorio Pueyrredón como gobernador de la provincia de Buenos Aires, el 5 de abril de 1931, el gobierno de *facto* de Uriburu había anulado el resultado de las elecciones.

³²*Crítica*, 28/02/1932, p. 11.

³³*Crítica*, 28/02/1932, p. 11.

³⁴*Ibidem*.

³⁵*Ibidem*.

³⁶*Crítica*, 28/02/1932, p. 1; *La Frontera*, 01/03/1932, pp. 1-6.

³⁷El estado de sitio se restableció por primera vez en diciembre de 1933, tras descubrirse el complot de Cattáneo. Se levantó en mayo de 1933 y más tarde se restableció en diciembre de 1933 (hasta julio de 1934) tras el levantamiento de Gregorio Pomar.

³⁸Tras descubrirse el complot de Cattáneo el 15 de diciembre 1932, y del restablecimiento del Estado de sitio días más tarde, numerosos dirigentes radicales como Tamborini, Pueyrredón y Noel fueron confinados durante varios meses en San Julián, en Patagonia. Tras su liberación, el 10 de mayo de 1933, una importante multitud se congregó en la estación de Constitución para celebrar su vuelta a la Capital. Al término de la concentración, un grupo trató de saltarse los cordones policiales para encaminar una manifestación hacia el del Comité Central e intentó, en vano, llegar a la Plaza de Mayo. *La Nación*, 11/05/1933, p. 7.

³⁹Atilio Cattáneo, *Plan 1932. El concurrencismo y la Revolución (estudio crítico de una política argentina)*, Buenos Aires, Proceso ediciones, 1959, p. 84.

⁴⁰*Crítica*, 14/12/1932, p. 3

⁴¹*Ibidem* y *La Frontera*, 14/12/1932, p. 5. El 21 diciembre de 1932, un complot cívico-militar organizado por el Teniente Coronel Atilio Cattáneo fue descubierto en la capital tras la explosión accidental de una bomba en la casa de uno de los conspiradores.

⁴²Archivo General de la Nación (AGN), Fondo del Ministerio del Interior, caja 43, documento 306; República Argentina, Policía de Buenos Aires, Capital Federal, *Memoria correspondiente al año 1932*, Buenos Aires, Servicio de aprovisionamiento, pp. 41-42.

⁴³*La Frontera*, 24/10/1932, p. 1; *Ibarguren*, op. cit., p. 139.

⁴⁴Manuel Goldstraj, *Años y errores. Un cuarto de siglo de política argentina*, Buenos Aires, Editorial Sophos, 1957, p. 275.

⁴⁵Hernán Camarero, *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2007, p. XXXVII.

- ⁴⁶Para una aproximación general sobre estas cuestiones, véase Serge Wolikow, *L'Internationale Communiste (1919-1943): Le Komintern ou le rêve déchu du parti mondial de la révolution*, Paris, Editions de l'Atelier, 2011. Sobre el PC argentino y la línea de *clase contra clase*, véase Marcelo Fonticelli, Daniel Lvovich, "Clase contra Clase". Política e historia en el Partido Comunista argentino (1928-1935)", *Desmemoria. Revista de historia*, No 23/24, 1999, pp. 199-221; Hernán Camarero, "El tercer periodo de la Comintern en versión criolla", *A Contacorriente*, Vol. 8, No 3, 2011, pp. 203-232.
- ⁴⁷*Acción. Órgano de la Liga Anti-Imperialista*, IV, 2, marzo de 1932, p. 1; *Bandera Roja*, 12/06/1932, p. 1; *Bandera Roja*, 24/06/1932, p. 1.
- ⁴⁸Camarero, *A la conquista de la clase obrera*, op. cit., p. 177.
- ⁴⁹Esta información ha sido extraída del diario comunista *Bandera Roja*, del diario *La Nación*, del periódico nacionalista *La Fronda* y de los informes encontrados en el diario de sesiones de la Cámara de Diputados. Esta cifra no pretende ser exhaustiva, puesto que pudieron haberse realizado reuniones públicas sin que hayan aparecido en las fuentes utilizadas.
- ⁵⁰*La Internacional*, 04/05/1929, p. 2; Camarero, op. cit., p. 257.
- ⁵¹Silvia Shenkolewski-Kroll, "El Partido Comunista en la Argentina ante Moscú: deberes y realidades, 1930-1941", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 10, julio-diciembre de 1999. Disponible en línea: http://www1.tau.ac.il/eial/index.php?option=com_content&task=view&id=587&Itemid=233
- ⁵²CRCEDHM, 495/134/194, 4.9.1932, citado en Shenkolewski-Kroll, op. cit.
- ⁵³*Bandera Roja*, 19/09/1932, p. 2.
- ⁵⁴Véase la lista de conferencias no autorizadas y reprimidas por la policía citada por Leopoldo Melo en la Cámara de Diputados el 19 de mayo de 1933. Cámara de Diputados, *Diario de sesiones*, 19/05/1933, pp. 287-318.
- ⁵⁵Véase los informes de la Sección Especial, AGN, Fondos Agustín P. Justo, caja 45, documento 116 y caja 47, documento 2, Caja 49, documento 87-88 y 204. Ver también *Actualidad*, julio 1933, año II, No 1, p. 5.
- ⁵⁶Informe de la Sección Especial, AGN, Fondos Agustín P. Justo, caja 45, documento 116.
- ⁵⁷Ibidem; AGN, Fondos Agustín P. Justo, caja 45, documento 116.
- ⁵⁸AGN, Fondos Agustín P. Justo, Caja 45, documentos 345-355.
- ⁵⁹Encontramos aquí la misma estrategia identificada por Danielle Tartakowsky en el PC francés. En 1929, la Internacional comunista incitaba a sus secciones a emprender "formas de acción superior" conformes a las exigencias del "Tercer Periodo" y a radicalizar su acción, e invitaba para ello a "conquistar la calle". El Partido comunista francés reorientó por aquel entonces sus modos de acción dando prioridad a la toma de la calle y subordinando el 1º de mayo y las huelgas al 1º de agosto y a las campañas de la Internacional (*Les manifestations de rue en France, 1918-1968*, Paris, Publications de la Sorbonne, 1997, pp. 195-222). Véase también Stéphane Audoin, "Le parti communiste français et la violence: 1929-1931", *Revue historique*, No 546, abril-junio de 1983, pp. 365-383.
- ⁶⁰*La Nación*, 02/08/1933, p. 9.
- ⁶¹*La Fronda*, 11/11/1932, p. 6.
- ⁶²AGN, Fondos Agustín P. Justo, Caja 48, documento 116 y 117, memorandum de la Sección Especial, 16 de junio de 1932.
- ⁶³*Bandera Argentina*, 30/08/1932, p. 3.
- ⁶⁴AGN, Fondos Agustín P. Justo, Caja 45, documento 347.
- ⁶⁵Danielle Tartakowsky, *Le pouvoir est dans la rue. Crises politiques et manifestations en France*, Paris, Aubier, 1998, p. 69.
- ⁶⁶Hasta 1930, el PC participó en las campañas electorales organizando reuniones públicas de un modo similar al de los otros partidos. Así, los desfiles del 1º de mayo eran compuestos por columnas formadas en los barrios de la ciudad que convergían en la Plaza Once para luego encaminarse hasta los aledaños de la Plaza de Mayo. También se organizaban de manera regular *mítines* de propaganda por diferentes motivos en las grandes plazas de la ciudad y conferencias en los diferentes barrios. Véase, por ejemplo, *La Internacional*, sábado, 04/05/1929, p. 2; *La Internacional*, 11/05/1929, p. 1; *La Internacional*, 27/07/1929, p. 1; *La Internacional*, 01/08/1929, p. 1.
- ⁶⁷Hemos identificado 5 muertos durante el tiroteo entre radicales y nacionalistas ante el periódico *La Fronda*, el 27 de febrero de 1932. A ello hay que añadir la muerte del obrero Hevia en el Parque de los Patricios, el 3 de diciembre de 1932 y las del joven Joaquín Cifuentes y Jorge Schultz en los enfrentamientos acontecidos durante el desfile de la LCA el 25 de mayo de 1933. El 15 de septiembre de 1934, el joven nacionalista Jacinto Laceybrón Guzmán muere en el curso de una reyerta con estudiantes reformistas tras el mitin antifascista organizado en el Parque Romano. Finalmente, Silveyra menciona la muerte del tesorero del Sindicato de Obreros Estibadores durante una pelea en el puerto con miembros del Sindicato de Obreros Portuarios de la CPACC en 1934.
- ⁶⁸Carlos Silveyra, *El comunismo en la Argentina*, Buenos Aires, Patria, 1936, p. 182.
- ⁶⁹*La Nación*, 03/08/1933, p. 7.
- ⁷⁰Cámara de Diputados, *Diario de sesiones*, 26/06/1935, p. 518.
- ⁷¹Véase Marianne González Alemán, "El derecho de reunión y el conflicto callejero porteño", op. cit.
- ⁷²*Crítica*, 23/02/1932, p. 7; Carlos Ibarguren, *Roberto de Laferrère. Periodismo, política, historia*, Buenos Aires, EUdeBA, 1970, p. 60.
- ⁷³Federico Ibarguren, op. cit., p. 99.
- ⁷⁴*Crítica*, 28/02/1932, p. 1; *La Fronda*, 28/02/1932, p. 1; Carlos Ibarguren, op. cit., p. 61.

- ⁷⁴La Nación, 27/05/1933, p. 10.
- ⁷⁵La Fronda, 26/05/1933, p. 1.
- ⁷⁶La Fronda, 18/06/1932, p. 6.
- ⁷⁷Federico Ibarguren, *op. cit.*, p. 127.
- ⁷⁸Crítica, 20/07/1932, p. 3.
- ⁷⁹Véase, por ejemplo, La Fronda, 28/04/1932, p. 4 y Crítica, 02/05/1932, p. 5.
- ⁸⁰Crítica, 06/06/1932, p. 3.
- ⁸¹Crítica, 18/06/1932, p. 1; Bandera Roja, 24/06/1932, p. 1.
- ⁸²Bandera Argentina, 07/09/1932, p. 3.
- ⁸³El ataque fue reivindicado por Silveyra en La Fronda, 01/11/1932, p. 2.
- ⁸⁴La Fronda, 05/11/1932, p. 1; Crítica, 04/12/1932, p. 3.
- ⁸⁵Federico Ibarguren, *op. cit.*, p. 221.
- ⁸⁶Hemos constatado 17 ataques a comités socialistas y radicales, 5 ataques a cines o teatro y 3 ataques a sinagogas.
- ⁸⁷Véase, por ejemplo, La Fronda, 28/04/1932, p. 4.
- ⁸⁸Véase, por ejemplo, Bandera Argentina, 07/09/1932, p. 3; La Fronda, 30/10/1932, p. 6; Crítica, 04/12/1932, p. 3. El mismo Carlos Silveyra relató que los miembros de su organización anunciaban su presencia al grito de "¡Viva la patria!" y con una bandera azul y blanca (Silveyra, *op. cit.*, p. 182).
- ⁸⁹Cámara de Diputados, *Diario de sesiones*, 26/06/1935, p. 526.
- ⁹⁰Véase Finchelstein, *Fascismo, liturgia e imaginario*, *op. cit.*, pp. 71-94.
- ⁹¹Esta idea también está presente en los volantes distribuidos por la LCA en 1934 con el lema: "Con nosotros o en contra de nosotros... Pero hay que definirse". AGN, Fond A. P. Justo, caja 49, documento 177.
- ⁹²Crítica, 18/06/1932, p. 1; La Vanguardia, 19/06/1932, p. 2.
- ⁹³La República, 09/11/32, p. 5.
- ⁹⁴Crítica, 20/07/1932, p. 3.
- ⁹⁵Cámara de Diputados, *Diario de sesiones*, 26/06/1935, p. 518.
- ⁹⁶La Fronda, 30/10/1932, p. 6.
- ⁹⁷Crítica, 20/07/1932, p. 3.
- ⁹⁸Silveyra, *op. cit.*, p. 183.
- ⁹⁹Federico Ibarguren, *op. cit.*, p. 101.
- ¹⁰⁰AGN, Fondos Agustín P. Justo, Caja 49, documento 227.
- ¹⁰¹La Fronda, 28/02/1932, p. 1.
- ¹⁰²Cámara de Diputados, *Diario de sesiones*, 07/12/1932, p. 215.
- ¹⁰³En 1929, el Komintern impuso la doctrina de la autodefensa obrera. Esta doctrina debía establecerse sobre la base de las fábricas, apoyarse en las células de las empresas, tratar de adoptar un carácter de masas y ser controlada por los órganos regulares del partido. Véase Georges Vidal, "Violence et politique dans la France des années 1930: le cas de l'autodefense communiste", *Revue historique*, vol. 4, No 640, 2006, pp. 901-922.
- ¹⁰⁴Bandera Roja, 12/06/1932, p. 1.
- ¹⁰⁵Bandera Roja, 04/07/1932 p. 1.
- ¹⁰⁶AGN, Fondos Agustín P. Justo, caja, 45, documento 103; La Nación, 17/05/1933, p. 8.
- ¹⁰⁷AGN, Fondos Agustín P. Justo, caja, 45, documento 120.
- ¹⁰⁸AGN, Fondos Agustín P- Justo, caja 45, documento 90.
- ¹⁰⁹La Vanguardia, 16/06/1932, pp. 1-2-8.
- ¹¹⁰Bandera Roja, 24/06/1932, p. 1.
- ¹¹¹La Vanguardia, 19/06/1932, p. 2.
- ¹¹²Crítica, 11/12/1932, p. 2.
- ¹¹³La Vanguardia, 12/12/32, pp. 7 y 10.
- ¹¹⁴La Nación, 12/06/1933, p. 6.
- ¹¹⁵La Nación, 25/09/1933, p. 6.
- ¹¹⁶Emile Vandervelde, "Tiempos difíciles y nuevos deberes", *Revista Socialista*, No 31, diciembre 1932.
- ¹¹⁷La encuesta fue publicada en los números del 261 al 263 de la revista de enero a marzo de 1933.
- ¹¹⁸Véase Ilana Martínez, "Conflictos, disidencia y radicalización. El ala de izquierda del partido Socialista argentino, 1929-1937", comunicación presentada en las II Jornadas Nacionales de Historia Social, Córdoba, 13-15 de mayo de 2009. Disponible en línea: <http://cehsegreti.com.ar/historia-social-2/mesas%20ponencias/MESA%209/Ponencia%20Ilana%20Martinez.pdf>
- ¹¹⁹Cámara de Diputados, *Diario de sesiones*, 01/08/1934, p. 790.
- ¹²⁰Jorge Chinetti, "El deseo de comunicar", Nicolás Doljanin, *La razón de las masas. Nosotros la clase*, Buenos Aires, Nuestra América, 2003, p. 46.
- ¹²¹Actualidad, julio 1933, Año II, No 1, p. 5.